



Op.cit.

*Revista-blog de poesía argentina, hispanoamericana y traducida
– Reseñas y artículos – Multimedia*

Javier Galarza (1968-2022): La religión Hölderlin – Dossier

Minientrada febrero 27, 2023marzo 1, 2023 Artículos/EntrevistasAlan La Veglia, Anna Frandzman, Ayelén Rives, Emiliano Campos Medina, Gabriela Franco, Javier Galarza, Joaquín Vázquez, José Villa, María José Bozzone, María Magdalena, María Malusardi, poesía argentina, Valeria Cervero

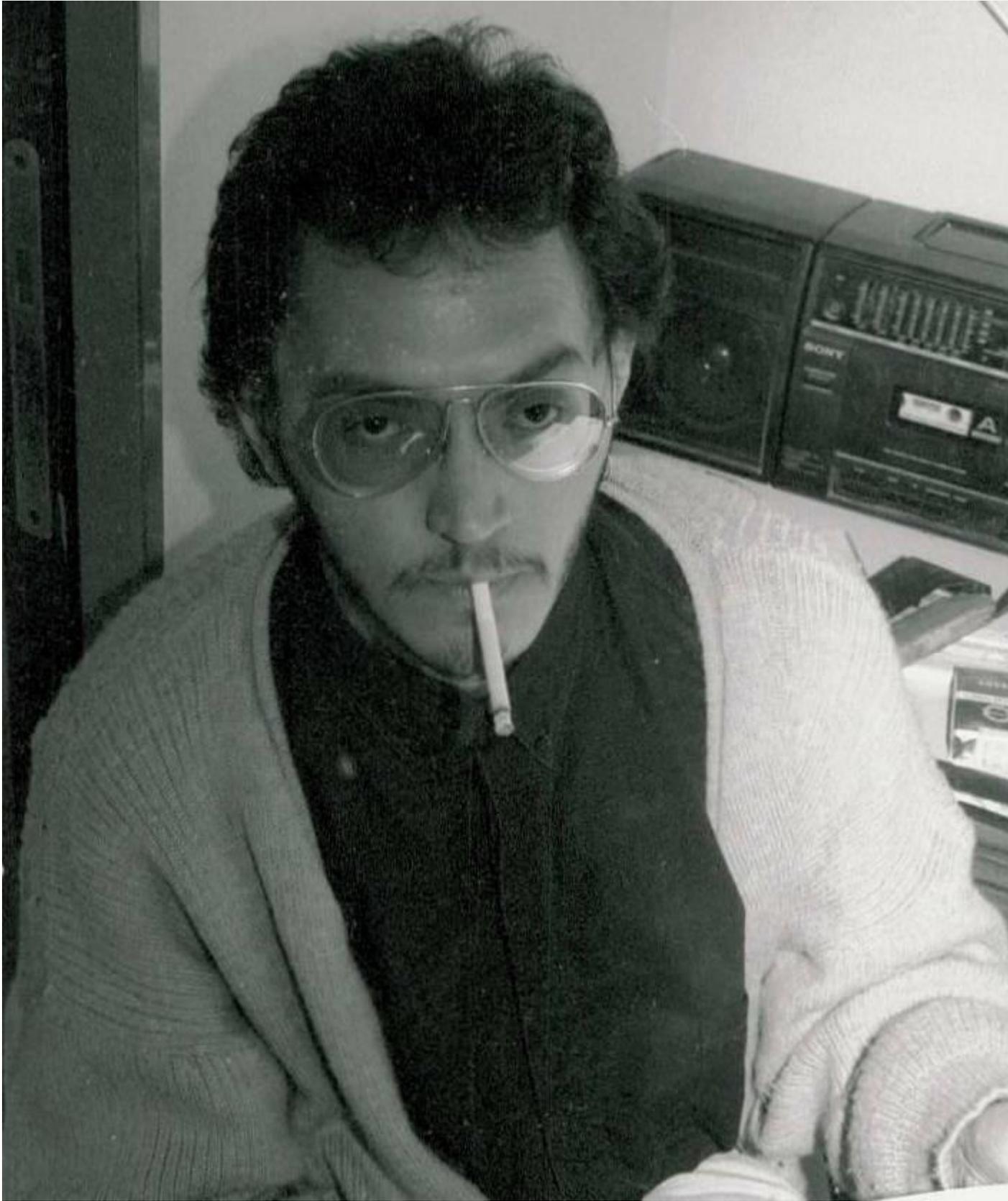


Javier Galarza 2019. Foto: Marco Zanger

El poeta y ensayista Javier Galarza falleció repentinamente en Buenos Aires, la ciudad en la que vivió casi en secreto y de la cual extrajo mucho de su carácter como artista y docente. Había obtenido un premio que le iba a traer algo de estabilidad económica y cuyo pago se demoró y se demoró. Javier Galarza dedicó a la poesía la mayor parte de sus esfuerzos, trabajó poniendo en juego lo sagrado: la comprensión singular, la vibración verdadera del poema en el ser. Presentamos a la persona, al poeta y lo que él quería para sí y para los demás, a partir de testimonios de quienes estuvieron cerca de su labor y de sus propios textos. Para la próxima: funcionarios, hagan sus cosas a tiempo; y nosotros: no deleguemos una nueva y sombría postergación, así haremos un mundo para que Javier se quede.

Este dossier

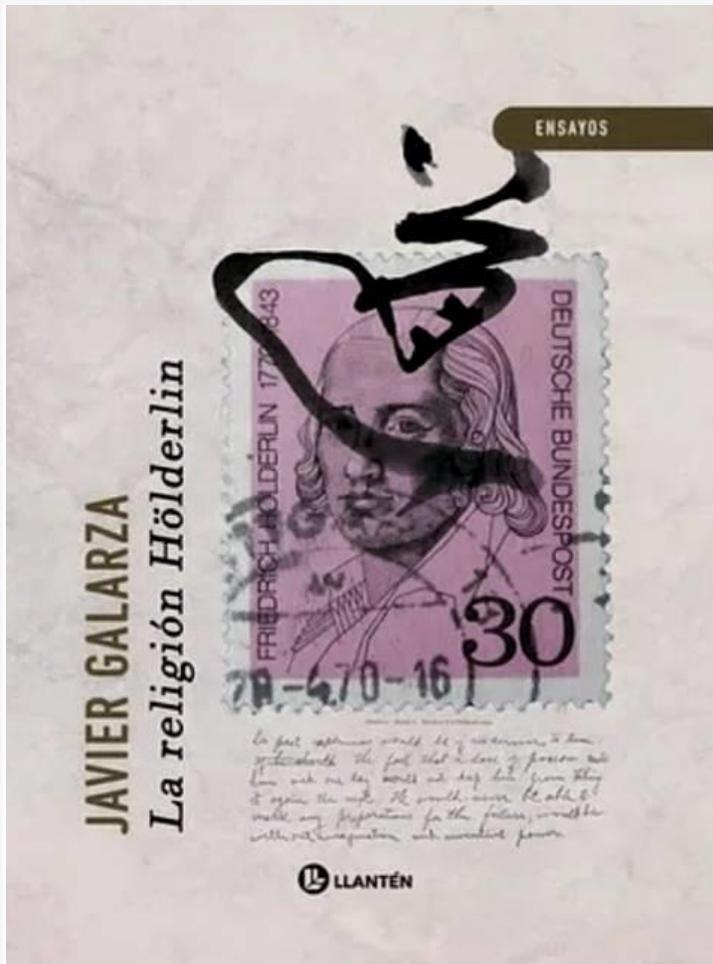
El 19 de agosto de 2022 era la fecha pautada para la presentación de *La religión Hölderlin*, el último libro de Javier Galarza. Lo que sus editorxs y amistades no imaginábamos era que iba a realizarse sin él. Pocos días después de que conociéramos la noticia de su muerte, ocurrió igualmente la presentación, que fue también homenaje y celebración de Javier. El encuentro de esa tarde nos reunió a quienes lo editaron y lo leímos, a sus amigxs y sus alumnx. Lo que sucedió entonces fue de tanta belleza e intensidad que resulta difícil dar cuenta de ello por escrito. Sin embargo, casi inmediatamente surgió la idea de recuperar algunas chispas de esa tarde a través de varios textos de quienes participaron con sus palabras.



Javier Galarza, c. 2000. Foto: Verónica Fazzio

Sobre la música que también se hizo presente gracias a Laura Pizzarelli y Luis Della Mea, y que tuvo un lugar fundamental durante la escucha, ofrecemos algunos links más abajo. En este dossier incluimos además otros escritos que surgieron posteriormente a la presentación, tanto sobre Javier como sobre los efectos que su libro comenzó a provocar. También una selección de poemas y otros textos de JG, enlaces a entrevistas y notas sugeridas, así como a videos de distinto tipo. Por último, un ensayo rescatado del archivo de Poesía Argentina y una galería de fotos que nos acompañan a recordarlo.

Queremos agradecer especialmente a Natalia Litvinova y Tom Maver por aceptar y alentar esta recuperación del evento que organizaron desde la editorial Llantén. También a quienes colaboraron con sus textos para este homenaje a Javier en *Op. cit.* No resulta fácil despedir al poeta, y menos al amigo; pero esperamos que el trabajo y el amor puesto en este especial sumen su granito de arena a la difusión de su obra, para continuar el diálogo o, si acaso es posible, habitar el desfasaje.



La religión Hölderlin
Javier Galarza
Buenos Aires, Llantén, 2022

Índice

Página 1

- Este dossier
- Datos, bibliografía y enlaces
- Créditos

Página 2

Algunas de las intervenciones en la presentación de *La religión Hölderlin* y homenaje a Javier Galarza el 19/8/22

–*La religión Hölderlin* o el desborde del libro sobre el mundo, por **Gabriela Franco**

- Somos palabra en diálogo, por **Anna Frandzman**
- En recuerdo de Javier Galarza, por **Emiliano Campos Medina**
- Estrategias de supervivencia, por **María José Bozzone**

Página 3

Escritos posteriores a la presentación

- Habitar el desfasaje, por **Valeria Cervero**
- Son necesarios abrazos inmensos para desandar la muerte, por **María Magdalena**
- Oraciones sin divinidad, por **Alan La Veglia**
- Lo que nos dejó la noche sagrada, por **María Malusardi**
- El fuego colectivo, por **Ayelén Rives**

Página 4

Reseña sobre *La religión Hölderlin* y selección de textos

- El riesgo de vivir en el aura del mito, por **Joaquín Vázquez**
- Fragmentos de *La religión Hölderlin*

Página 5

Selección de poemas y otros textos de Javier Galarza

- Poemas de *El silencio continente* (2008)
- Poemas de *Reversión* (2010)
- Poemas de *Refracción* (2012)
- Poemas de *Lo atenuado* (2014)
- Poemas de *Chanson Babel* (2017)
- Poemas de *Für Alina* (2018)
- “De la poesía como diálogo y balbuceo”, en *La noche sagrada* (2017)

Página 6

Ensayo del archivo de la revista *Poesía Argentina*

- Cuerpos en la poesía argentina, por Javier Galarza

Página 7

Galería fotográfica y videos de obras musicales

- Video de *Transbordador*, letra de Javier Galarza, música de Luis Della Mea y Javier Galarza, publicado el 20/4/20
- Video de “Redención”, fragmento de la obra *Cuerpos posibles*, poema introductorio y letra de Javier Galarza, canción: Luis Della Mea y Javier Galarza, Noruega, 2010, publicado en redes sociales de JG el 25/5/20



Datos, bibliografía y enlaces

Javier Galarza (Buenos Aires, 1968-2022)

Poeta y ensayista. Entre 1997 y 2000 dirigió la revista *Vestite y Andate*. Dio cursos sobre Hölderlin, Rilke, Celan y otros autores en la Fundación Centro Psicoanalítico Argentino. Colaboró con distintos sitios y publicaciones de poesía, entre ellos esta revista. Coordinaba talleres de escritura e investigación literaria a los que concurrieron muchxs de lxs poetas más jóvenes de Buenos Aires.

Poesía

Pequeña guía para sobrevivir en las ciudades, con arte de Gastón Pérsico, Buenos Aires, 2001

El silencio continente, Buenos Aires, 2008

Reversión, Belo Horizonte, Tropofonia, 2010

Refracción, Buenos Aires, añosluz, 2012

Lo atenuado, Buenos Aires, audisea, 2014

Chanson Babel, Buenos Aires, Buenos Aires Poetry, 2017

Für Alina, Buenos Aires, Ediciones en Danza, 2018

Correspondencia

Cuerpos textualizados. Correspondencia 2008-2013, en coautoría con Natalia Litvinova, Buenos Aires, Letra Viva, 2014

Narrativa

Diez cuentos góticos, La Docta Ignorancia, 2019

Ensayo

La noche sagrada, Buenos Aires, audisea, 2017

La perfecta desnudez, en coautoría con Leonardo Leibson y María Magdalena, Buenos Aires, Letra Viva, 2018

Participación con notas en H. D., *Qué son las islas*, Buenos Aires, Llantén, 2018

La religión Hölderlin, Buenos Aires, Llantén, 2022

Links a otros textos publicados en op.cit.

–H. D. (Hilda Doolittle): *Qué son las islas*. Versión: Tom Maver –

Notas: Javier Galarza

–Javier Galarza: *Chanson Babel*

Links a entrevistas y notas sugeridas

–Un habitar poético. Entrevista a Javier Galarza por audisea, 20 de octubre de 2014

–“Apenas un refugio. Entrevista a Javier Galarza”, por Roxana Artal, en *Evaristo Cultural*, 18 de marzo de 2015

–Poemas y respuestas en *El Infinito Viajar. Revista virtual de arte y poesía*, 7 de abril de 2016

–“Javier Galarza: ‘Hay pocas cosas más interesantes que el asombro y el extrañamiento ante la vida’», en *Télam digital*, 19/6/17

–“Javier Galarza: sus respuestas y poemas”, por Rolando Revagliatti, en *Periódico de Poesía*, núm. 101, julio-agosto 2017

–“Quién desenterrará el tiempo. Entrevista a Javier Galarza”, por Roxana Artal, en *Evaristo Cultural*, 3 de agosto de 2017

–“Javier Galarza: ‘La realidad ahora construye metáforas más fuertes que las de los escritores’”, por Emiliano Campos Medina, en *Revista Ruda*, 13/5/19

–«Gilgamesh, poesía y poéticas» presenta a Javier Galarza, 1º de septiembre de 2021

–Javier Galarza en *La infancia del procedimiento*, octubre de 2021

–“La religión es el poema”, por María Malusardi, en *Caras y Caretas*, 19/8/22

–“Javier Galarza: Erizamiento por las ruinas”, por Alan La Veglia, en *El Ganso Negro*, núm. 22, septiembre de 2022

Links a videos de lecturas y performances

–Lectura en el ciclo A voz de cuello, 2011

–Presentación de *Refracción*, 2012

–Lectura de Javier Galarza en Moebius, conducido por Lidia Rocha y Gerardo Curiá en el II Festival Federal de Poesía en el CCK, 11 de octubre de 2015 (canal *Un caos lúcido*, de Alicia Pastore)

–Javier Galarza en *Poesía en el altillo*, lectura de *Für Alina* (canal de Ediciones en Danza, 1º de septiembre de 2018)

- “Todo poeta tiene un jardín”, nota de *Qué son las islas*, de H.D. (canal de editorial Llantén, 12 de agosto de 2019)
- Video de *El ritmo de la inmovilidad*, texto y performance de Javier Galarza; música, cámara y edición de Luis Della Mea, publicado el 24/02/2020
- Lectura en el Ciclo Transpolar, edición digital de cuarentena, 4 de octubre de 2020

Créditos

Coordinación del dossier: Valeria Cervero y Ayelén Rives

Edición: José villa

Artículos: Gabriela Franco, Anna Frandzman, Emiliano Campos Medina, Majo Bozzone, Valeria Cervero, María Magdalena, Alan La Veglia, María Malusardi, Ayelén Rives, Joaquín Vázquez

Fotografías: Verónica Fazzio, Marco Zanger, Marisa Negri, Julieta Bugacoff

Otros aportes: Natalia Litvinova

Javier Galarza (1968-2022): La religión Hölderlin – Dossier

Minientrada febrero 27, 2023marzo 1, 2023 Artículos/EntrevistasAlan La Veglia, Anna Frandzman, Ayelén Rives, Emiliano Campos Medina, Gabriela Franco, Javier Galarza, Joaquín Vázquez, José Villa, María José Bozzone, María Magdalena, María Malusardi, poesía argentina, Valeria Cervero

Algunas de las intervenciones en la presentación de *La religión Hölderlin* y homenaje a Javier Galarza el 19/8/22



Javier Galarza, 2014. Foto: Marco Zanger

***La religión Hölderlin* o el desborde del libro sobre el mundo**

Por Gabriela Franco

En junio de este año (2022), Natalia Litvinova me propuso ser una de las presentadoras de *La religión Hölderlin*, el libro de Javier Galarza que saldría en agosto. Me envió entonces un archivo todavía no maquetado y fue así que tuve el privilegio de conocer este libro con anticipación.

Esa circunstancia posibilitó dos cosas. La primera y más importante es que me permitió llegar a cruzar algunas palabras sobre su nuevo libro con Javier Galarza: pude decirle que me había gustado mucho, que me resultaba estimulante, inspirador, emotivo y también arriesgado. En ese breve encuentro sé que ambos nos sentimos contentos y expectantes. Me guardo esa felicidad de sentirnos embarcados en un mismo viaje.

La lectura anticipada también me permitió observar con mayor evidencia que Javier Galarza no nos dejó un libro sino dos. Porque es uno el libro que leí en ese primer momento y es otro el que leemos ahora, en el vacío de este presente. No son iguales. Como un Pierre Menard, Javier Galarza reescribió su propio libro antes de irse y lo volvió premonición, ceremonia y despedida. No de otro modo resuenan ahora algunas palabras: “El peligro, o el amor, emanan también del vacío que crean las cosas que dejan de estar. O las personas que salen de nuestras vidas, como un actor de una escena”. O también: “Saqué estas fotos ayer para mirarlas en un futuro donde no estaremos”. Y más: “Hoy recordé a alguien que no está y pensé qué sano es tener momentos de tristeza. Hoy lloré por el mundo que perdimos”.

Queremos celebrar con alegría a Javier Galarza y su obra, pero para hacerle justicia no es necesario eludir la muerte ni la tristeza. Hay en su obra la convicción de una unidad entre vida y muerte, y una reflexión insistente sobre lo provisorio —“y todo lo es”, advierte—, que acaso podríamos distinguir incluso como una ética.

“La muerte de un poeta es un drama del lenguaje”, dice Galarza retomando a Joseph Brodsky, “algo se apaga también en el momento en

que la tierra debe dar paladas sobre sí misma”. Quiero entonces hacerle un lugar a esa palabra herida, y como el maestro budista al que refiere otro de los textos de este libro, recibir y compartir “ese regalo de tener un día para llorar”.

Decía que Javier Galarza nos dejó dos libros en uno, pero en realidad *La religión Hölderlin* son muchos libros. Porque se trata de una obra inclasificable, o más bien clasificable de múltiples maneras, aunque cada una da cuenta parcialmente de la obra. Podríamos decir que es un libro de ensayos. Pero es también un diario personal, una carta, un poema, un libro de estampas, una crónica de la pandemia, un álbum de fotos, una compilación de citas, un libro de relatos urbanos, una novela. Es un libro de filosofía, de poética, una introspección del yo. Es también un juego de piezas móviles: cada ensayo es fragmento y ensamble, puede leerse de forma aislada y al mismo tiempo entabla una continuidad y conforma un todo.

Algunas frases funcionan como un espejo que habla de sí mismo: “Quiero pensar en la poesía como un daño colateral, como un automóvil viejo que atraviesa la lluvia o un tropiezo en el lenguaje. Trabajar con el concepto de ‘libro artefacto’, es decir: una máquina rústica pero eficaz, con piezas intercambiables”. En ese abismo de un libro que habla de sí, leemos: “Allí donde se acumulan cicatrices, despliego el libro que te escribo”. Y esa segunda persona —que atraviesa todo el texto— marca otro rasgo esencial de este libro: su carácter de diálogo, atendiendo a aquello que decía Hölderlin (somos siempre un diálogo). Muchos pasajes del libro están dirigidos explícitamente a otro personaje, “Alia”, que ya desde el nombre y el género invocan a lo otro, al reverso, el borde que define y determina a un yo, y así también lo multiplica.

Este libro es también un sueño. O un estado de ensoñación. Hay frases que se repiten, que vuelven una y otra vez con variaciones, y producen un efecto encantatorio. Citas de Hölderlin cuya reiteración señala una insistencia y una música: “Allí donde está el peligro crece lo que salva”, dice el poeta alemán citado por Galarza. O también: “El lenguaje es el más peligroso de los bienes y la poesía, la más inocente de las ocupaciones”. A través de esas reiteraciones se produce una sensación de *déjàvu*, un estado onírico, como si se ingresara en otra dimensión, en el

universo Hölderlin, o mejor, en la religión Galarza, que es la religión de la poesía: “Los poemas serían entonces esos pequeños reductos del misterio, donde nos encontramos como en un sueño, y nos preguntamos si somos los mismos que habitan el espacio diurno”. Y más adelante: “En la poesía ocurre como en el sueño: la multiplicidad de sentidos de un texto tarda años en descifrarse y siempre aparece un nuevo significado”.

Pregunta Galarza: “¿Cuánto tardamos en comprender un amor o un libro?”, y el interrogante se vuelve ahora sobre nosotrxs: ¿cuánto tiempo tardaremos en descifrar *La religión Hölderlin*? ¿Cuántas lecturas harán falta para leer todos los libros que habitan en este libro?

Hay una ética —y una estética— basada en el amor a lo provisorio. Pero la conciencia de lo transitorio o perecedero no implica renuncia. Por eso la literatura puede ser el lugar de guardar ese exceso de vida que a veces nos sucede. En uno de los ensayos, “La premonición de Rilke”, Galarza cuenta que *Los sonetos a Orfeo* alcanzan su cumbre cuando Rilke ofrenda a la divinidad el recuerdo de un caballo corriendo en la estepa rusa. Y destaca especialmente lo que cuenta Rilke en una carta sobre ese poema: “Escribí, hice, el caballo”, “lo viví”. Y parecería ser esa la conexión de Javier Galarza con la escritura. Es un caballo corriendo en la estepa. Es un caballo corriendo en el poema. Javier Galarza *hizo* Hölderlin, lo vivió. Y el caballo sigue corriendo.

Galarza cuenta también que una vez, con una chica, salieron a hacer esténcil en las paredes de la ciudad: “Quería un desborde del libro sobre el mundo”. Y esa es otra de las imágenes que atraviesan el libro: “El mundo es texto en tanto la vida misma es escritura. Y muchas veces uno reescribe libretos, los borra, los altera o los tacha. Me interesa ese desborde de la hoja de papel sobre la vida. Buscar en la escritura ese fluido: en las marcas de los libros, en papeles borroneados, en agendas con tachaduras, en colores de tinta y notas al margen. Deseo de expandir el mundo, no en el sentido de crear una ficción, sino en el de apresar un caudal de existencia que de otra forma sería inasible”. La escritura rebasa los límites, toma cuerpo en los márgenes de las hojas, en los de la ciudad, en los afiches, en las pintadas callejeras, en las remeras estampadas.

“Toda fiesta es deudora de nuestro origen en el fuego”, dice el poeta. Me gusta pensar que nosotros, reunidos alrededor de este fuego que es la palabra de Javier Galarza, somos una pequeña parte de ese desborde inmenso y genial que implica la aparición en el mundo de *La religión Hölderlin*.

Gabriela Franco (Buenos Aires, 1970) estudió Letras y es poeta, docente y editora. Publicó *Por las ramas* (Primer Premio Nacional de Poesía Storni 2022), *En orden de aparición*, *Modos de ir*, *Los que van a morir*, *Piedras preciosas* y *Calle*. Compiló varias antologías de poesía. Coordina la revista *Por el Camino de Puan* de la UBA, colabora en distintos medios, y ha realizado ciclos y talleres de poesía.



Somos palabra en diálogo

Por Anna Frandzman

somos palabra en diálogo nos dice Hölderlin,
eso escribe Javier en un mail al grupo de taller que aún comparto,
ese lugar, que es otro lugar,
tan igual como distinto,
con Ianina Fornaro, Ayelén Rives y Ana Sibemhart.
vuelvo sobre estas palabras y ubico: *aún, eso*. Me doy cuenta.
Eso está ahí aún como un susurro que irrumpe lleno de vida
que engarza sin anudar, une sin amalgamar
que convoca, no, llama, mejor, invita a gritos
a vivir colectivamente algo de lo real,
como escribió en *La religión Hölderlin*
el encuentro con Javier es una conversación sin tiempo,
su sagrado se despliega en el interior de cada uno,
derramándose en la letra que circula,
siempre con generosidad

comienza sigilosa y humilde, casi abismada,
toma primero el pecho en una especie de ardor,
y sin esperarlo, pero sin sobresalto, como una ráfaga fresca de verano
se escucha su voz, pronunciándose en una entonación suave y cálida,
como caricia,

*

hay un *no es sin Javier*, que tintinea en cada palabra que se pronuncia
entre poetas,
un don que circula, que no es de nadie,
es entre,
mística, silencios, escritura,
entre
muchos, algunos, cada uno,
que nombra y guarece,
tejiendo *cuerpos textualizados*^(*)
sin dejar de deslizarse desafiante,
en un contrasentido,
como la poesía que anula la muerte porque la hace aparecer,

*

*estoy atrapada entre dos tiempos,
has partido, de eso me quejo,
estás ahí porque me dirijo a ti.
Sé entonces lo que es el presente, ese tiempo difícil: un mero fragmento
de angustia*^(**)
y aunque, por momentos, me asalte el hoy ya no
Javier falta porque está y habla
en ese lugar que construye en cada uno,
nos pide que nos reunamos,
y lo recojamos en sus rastros
mi encuentro con Javier
vive en el hoy, en su siempre
eso cada vez,
en la medida que dialogue en un nosotros,

está siendo,
aún.

(*) referencia a *Cuerpos textualizados. Correspondencia 2008-2013*, entre Javier Galarza y Natalia Litvinova, publicado en 2014 por Letra Viva.

(**) Adaptación de “El ausente”, de Roland Barthes, en *Fragmentos de un discurso amoroso*.

Ana Frandzman (Buenos Aires, 1989) escribe y ejerce el psicoanálisis en la Ciudad de Buenos Aires. Es concurrente en salud pública, con recorrido en infancia y adolescencia. En 2021 publicó *trozeada*, libro de poesía concreta en el que deconstruye, a través del juego, el sentido de lo común. Esta propuesta también toma la forma de exposición visual. Se interesa por la relación entre psicoanálisis, literatura y filosofía. Publicó notas sobre estos temas en la revista *El Gran Otro* y entrevistas y reseñas en las revistas *Ruda* y *Pintó Cultura*.



En recuerdo de Javier Galarza

Por Emiliano Campos Medina

La palabra siempre acude, me dijo Javier una vez. Era la presentación de mi primer libro de poemas. Natalia Litvinova y él iban a decir unas palabras de apertura, pero yo estaba completamente nervioso, dudaba de si llegaría a poder leer o decir algo frente al micrófono. Mientras nos sentábamos en la mesa frente a los asistentes me dijo “al final la palabra siempre acude, tranquilo”. Así inicio estas líneas, confiando nuevamente en que acudirán, aunque esta vez es para despedirlo, para intentar nombrar su falta.

La primera vez que entré en la habitación de La Boca en la que daba su taller junto a Natalia, sentí y pensé que en ese reducido espacio con un par de bibliotecas, una mesa, una cama, y completamente rebalsado de libros era el lugar más completo del mundo. Todo lo que se necesitaba para vivir cabía en ese lugar. Sobre el piso de pinotea, la pava eléctrica soltaba vapor. Cada vez que ingresaba alguien nuevo aparecía una silla

debajo de una pila de libros. Para llegar desde la calle había que pasar por una cocina compartida y una escalera que subía por el patio. Por la ventana se veía el atardecer sobre las chapas del barrio, los gatos en sus escapadas, mediasombras desgarradas por el tiempo.

El taller se centraba en la lectura, por supuesto había un espacio generoso para intercambiar opiniones sobre los poemas que cada participante llevaba, pero la mayor parte del tiempo se leía a partir de libros que Javier y Natalia tenían preparados. Desde Eliot, Rilke, Celan, Mandelstam, Gianuzzi, Juanele, hasta poetas contemporáneos; muchas veces libros recién editados que leíamos completos pasando de mano en mano un poema a la vez: Silvia Castro, Marisa Negri, María Malusardi, Darío Cantón, Franco Rivero. No importaba la trayectoria de los poetas, se leía todo lo que se considerase que merecía leerse y comentarse. Javier fue un enorme difusor de la obra de sus pares y el taller en ese sentido era también una gran usina de difusión.

Mientras la conversación sobre los poemas fluía, a medida que surgían digresiones o enlaces con otros autores, él sacaba libros de las estanterías como una especie de médium, a veces sin mirar. Les pasaba una franela por la superficie de la funda de plástico y te indicaba un poema para leer. Naturalmente Hölderlin era una lectura recurrente, casi diría, estructurante: recitaba de memoria fragmentos de *Pan y vino* o de *Mnemosyne* para contextualizar el tiempo de indigencia, la retirada de los dioses anunciada por el poeta de Tübingen.

A Javier la palabra docente le queda chica, él fue un verdadero maestro, en el sentido pleno, existencial de la palabra. Con un profundo compromiso ético, con una gran convicción de que la poesía incide sobre la realidad cambiando a quien la lee y a quien la escribe. Siempre insistió en ese punto. Un nuevo libro de poesía arrojado al mundo no es solamente una operación de adición en cuanto a la proliferación de textos que un poco caracteriza esta etapa, sino un acontecimiento de naturaleza ética, que enriquece al mundo y también al autor/autora. No se es el mismo después de ser atravesado por la escritura de un libro de poesía. Intentaba hacernos conscientes de eso. La escritura nos reescribe ontológicamente de alguna manera. Pienso que en sus últimos años, quizá también a raíz de las mutaciones sociales precipitadas por la

pandemia, él creía, junto a Bifo Berardi, que la respiración poética iba a jugar un rol esencial a la hora de poder pensar un resurgimiento de lo humano, un nuevo horizonte utópico para levantar la cabeza por encima de las aguas turbias que nos anegan. Por eso Hölderlin como clave de fuga (en el sentido deleuziano), como fisura abierta en el clima de “realismo capitalista” que nos asfixia y nos hace pensar que es más probable el fin del mundo que un cambio de sistema. Para él la poesía debía servir de guía y de horizonte, así como lo pensó Hölderlin en el contexto de la Revolución Francesa; así también en esta actualidad de recrudescimiento de los discursos intolerantes, de naturalización de las desigualdades e injusticias sociales, la poesía es llamado a reencontrar las potencias de lo humano y también de lo sagrado. Lo sagrado que es perforación de los procesos mercantiles, financieros, técnicos, cosificantes. Lo sagrado solidario de la poesía porque no puede ser osificado, ni capturado. Javier insistía en que padecemos una gran orfandad de “hombres faros”, esas personalidades intelectuales que oficiaron de guías en otras épocas, que facilitaban la cristalización de movimientos y tendencias críticas. Eso que Kandisky llamaba “catalizadores culturales”. Javier sin duda lo fue. Su humildad, que es también parte de ese compromiso ético que lo transformaba en un verdadero maestro, lo alejaba de cualquier intento de sobreexposición o vedetismo tan habitual en el ambiente cultural.

No dejo de recordar que durante las primeras semanas de pandemia, cuando la cuarentena era total y las calles lucían fantasmales, desoladas; antes de que se volviera habitual el uso de plataformas virtuales, nos mantuvo a sus distintos alumnos activos en grupos de Whatsapp. Mandaba mensajes de audio desplegando las conexiones entre corrientes poéticas, citando biografías sobre Trakl, Mandelstam o Celan. Leyendo poemas de Chantall Maillard o Anne Carson. Esas dos horas y a veces más en las que a partir de sus mensajes leíamos y discutíamos sobre el lenguaje y sobre la vida fueron un verdadero anclaje a lo humano en esa etapa tan posthumana, tan de película de ciencia ficción. Esos grupos se mantenían activos las 24 hs y siempre había un mensaje de su parte: contenedor, amable, lúcido. Por un largo tiempo vamos a andar huérfanos de sus palabras guía, de su iluminar la instantaneidad vertiginosa de la realidad social, política, del drama cotidiano de nuestras calles ardientes; a veces enloquecidas. Hace poco que el mundo es un

lugar más solitario para quienes fuimos tus alumnos, tus lectores, tus amigos. Estás sembrado en tus hermosos libros y en la enorme red de poetas que cobijaste y guiaste. Hoy ya sos poesía, hasta siempre querido Javier.

Emiliano Campos Medina (Buenos Aires, 1978) es poeta y artista plástico. Creció en Quilmes, donde reside. De 2003 a 2006 estudió Artes Aplicadas al Muro en la Escuela Llotja de Artes y Oficios de Barcelona, España. Cursó también estudios de Bellas Artes en la UNLP y Filosofía en la UBA. Realizó murales y muestras de pintura en distintos barrios de Buenos Aires para organizaciones sociales, comedores populares y centros culturales. Publicó *Nieve* en Barcelona (Ediciones en Danza, 2020) y *Altars suburbanos* (Ediciones en Danza, 2017). Se encuentra trabajando en un nuevo poemario, *Napalpi*, tierra de los muertos, que recibió una beca del FNA.



Estrategias de supervivencia

Por María José Bozzone

Cuando los cuerpos se separan, la memoria intensifica su costado animal. Voces, susurros, imágenes, dolor físico y un llamado a estar atenta a las señales. Miro mis notas del taller en papelitos desordenados y leo: *Como “de la muerte nadie tiene saber... nadie rinde testimonio por el testigo, entonces habla, así seas el último en hablar”*.

Podría datar cronológicamente el primer encuentro, pero no tiene fecha el momento de la aparición del habla, un habla que hizo que un maestro sea también un amigo par. Aún escucho el *“Habla, Majo, preguntá, no hace falta saber, hay que perderse y seguir”*. En el diálogo con Javier sentí por primera vez que balbucir y enmudecer son compañeras del asombro. Así el taller devino en una experiencia donde la lengua se amplió y abrió el mundo y las escenas. Fue entonces inevitable que el habla de y en la economía se hiciera presente. La amistad entendida como hospitalidad es

una economía no mercantil, que sin perseguir la ganancia se sostiene en una deuda motor de vida que no demanda ni siquiera cancelación. En medio de este escribir, recuerdo también los emails que hacían del taller una presencia cotidiana. Leo y recorto:

“Claro, Majo –dice Javier–, la desigualdad es el punto. Hace unos años, trabajando ya en los temas que transito ahora, decía que toda lectura desembocaba en el marxismo, todo análisis profundo. Puedo leer a Artaud a través de Blanchot, pero a la larga los surrealistas eran señores burgueses y Artaud no. Olga Orozco era una dama ‘bien’ y Alejandra estaba a la intemperie”. Claro Javier, hay condiciones para vivir, para escribir. Un cuarto propio es un derecho olvidado en estos tiempos de salvajes códigos financieros.

Aún está latente en mí el vértigo de sobrellevar una hipoteca para tener una vivienda. Nada de lo que me conmovía era ajeno al taller. Cuando usando las mismas reglas del mundo bursátil pude cancelar el préstamo, Javier dijo “justicia poética”, mientras yo cantaba al teléfono saliendo del banco “solo tengo esta pobre antena que me transmite lo que decir”. Despojada de los amos, toda palabra es soplada y los nombres, una excusa. Luego se impusieron los recuerdos de la pobreza de infancia y ciertas intemperies de adulta.

“Es que –afirma entonces Javier en otro mail– cuando se llega a la angustia (alerta, te dije una vez), uno sabe algunas cosas: hay bordes que nunca voy a dejar de transitar. Pero dentro de esas periferias, necesito muy poco: una ducha, una máquina, un colchón. Mi despacho, mi home-office. Dormir y trabajar. No me interesan las convenciones, pero pasados los 50 me gustaría tener tres o cuatro paredes a mi nombre, aunque sea en alquiler, sin que el banco me vacíe la tarjeta y poder arreglar la pc y pagar el teléfono”. Nada de eso era imposible con el cobro del subsidio por haber ganado el Primer Premio Municipal. Respecto a esta coyuntura, no hubo justicia ni legal ni poética y todo se dio a destiempo.

Como Javier afirma en un poema, *“se lo diré a todos en la vida, algunas cosas se pierden”.* Pero la obra continúa el tiempo verbal presente y aquí

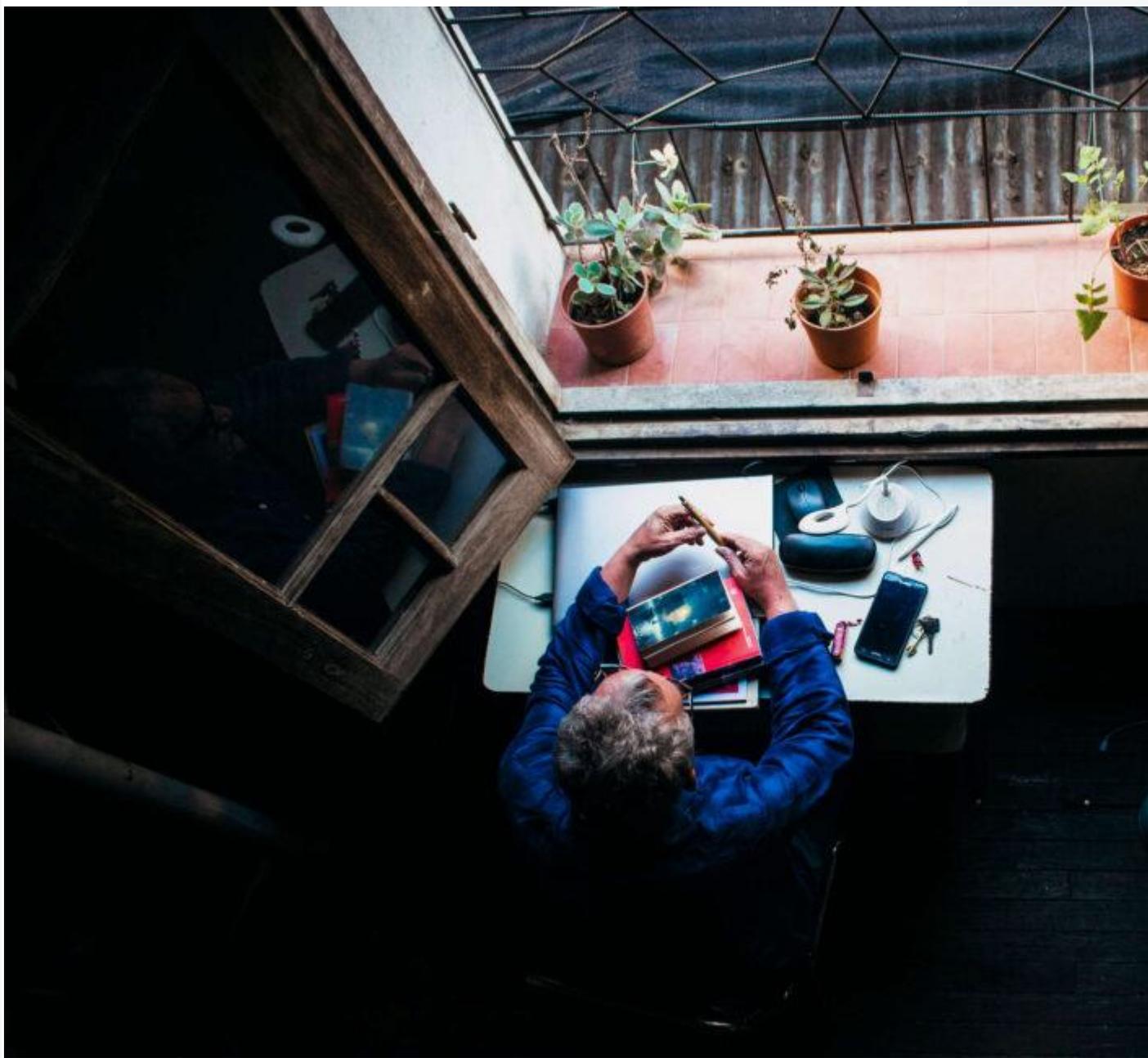
estamos. Porque se trata justamente de estrategias de supervivencia, como Dionisio en Constitución.

Majo Bozzone (Buenos Aires, 1966) es practicante del psicoanálisis. Le interesa especialmente la vecindad entre psicoanálisis y poesía, que la llevó a publicar artículos, compilaciones y coordinar jornadas. Realizó talleres literarios con Carla Demark (2016-2019) y Javier Galarza (2019-2022). Publicó los poemarios *El mito de mi habla* (2021), *Irrupciones* (2020) y *Ecos del silencio* (2013). Desde 2001 coordina diferentes dispositivos de lectura y ciclos abiertos a la comunidad. A partir de 2019 desarrolla el sitio www.teleotecuento.com.ar.

Javier Galarza (1968-2022): La religión Hölderlin – Dossier

Minientrada febrero 27, 2023marzo 1, 2023 Artículos/EntrevistasAlan La Veglia, Anna Frandzman, Ayelén Rives, Emiliano Campos Medina, Gabriela Franco, Javier Galarza, Joaquín Vázquez, José Villa, María José Bozzone, María Magdalena, María Malusardi, poesía argentina, Valeria Cervero

Escritos posteriores a la presentación



Javier Galarza 2019. Foto: Julieta Bugacoff

Habitar el desfasaje

Por Valeria Cervero

*¿Cuánto tardamos en comprender un amor o un libro?
Y aun así algo nos huye. No somos contemporáneos.
¿Podremos habitar el desfasaje?
Javier Galarza, La religión Hölderlin*

Tres días después del homenaje a Javier Galarza y presentación de su libro *La religión Hölderlin*, comencé a experimentar una serie de lo que podríamos llamar sincronías, o signos, o llamados de atención por marcas de ese “desborde sobre el mundo” que tanto interesaba a JG, del que más de una vez habló y que también destacó en distintos fragmentos de su libro. Sé que no fui la única que atravesó esas vivencias. Sé además que “esas cosas pasan”, como me dijo José Villa cuando se lo comenté, y como otras veces me sucedió. Sea por la entrada de Marte en Géminis el 21 de agosto –que quienes entienden de astrología destacaron–, o por otras razones astrales o de diferente carácter que se me escapan, los destellos de ese diálogo más allá de nosotrxs que no podemos evitar alcanzaron tal intensidad que se transformaron en motor para, entre otros trazados, esta escritura. Lo que intentaré decir entonces es algo de la trama que *extiende el mundo*, las marcas que de ella puedo ver. Y hablo de mí para olvidar también mi yo. En palabras de JG, porque “se sacan fotos, no para encontrar una respuesta, sino para multiplicar las preguntas”. Y es en esa potenciación que la poesía sucede.

*

Comencé el lunes 22 de agosto con la lectura de algunos mails a los que no había atendido el día anterior. Entre ellos encontré el boletín *único* – que elabora Alejo González Prandi–, dedicado a editoriales artesanales. Entre las novedades se anunciaba la presentación, el viernes 19 de agosto a las 19 –mismo día y mismo horario en que se presentó *La religión Hölderlin*–, del nuevo libro de Nakh Bábnakim: *Universos-B. Grimorio 93-39. Diario de Entrenamientos*, publicado por Vagantes Fabulae. Si bien mi encuentro posterior con ese texto abre a la vez otra serie de recorridos-avistajes de los que podría decir más, solo voy a destacar que la secuencia 93-39 trajo a mi mente la aparición de esos mismos

números, el viernes mencionado, en mi lectura de algunas páginas del libro de JG; lectura que a su vez me había hecho recordar la irrupción más cercana del número 39 en mi vida, una semana antes. Todos estos signos bastante obvios solo me habían llamado la atención por breves instantes y los había olvidado, hasta ese lunes, en que otra lectura se activó.

*

El sábado 13 de agosto nos habíamos encontrado con José Villa, por sugerencia de él, en la esquina de Corrientes y Lacroze, en Chacarita. De ahí nos dirigimos hasta un bar en la zona. Durante el camino pasamos por la terminal del colectivo 39, en Guevara y Jorge Newbery, algo que quedó guardado en mi memoria a partir de que José hizo un comentario sobre ese cruce. De lo contrario tal vez me habría pasado desapercibido. Pero sus palabras hicieron que recuperara la situación y el número de la línea de colectivo, en primer lugar, cuando el viernes 19 de agosto leí dos textos del libro de Javier que la mencionan y –luego de olvidarlo pasajeramente– cuando el lunes siguiente leí el mismo número en el subtítulo del libro que cité más arriba: *Grimorio 93-39*. Lo que se suma a estas coincidencias es que el número 93 también aparece en el texto de JG:

«Ocurrió hace algunos años. Me perdí. Dos veces en la misma semana. Abandoné toda intención y me olvidé de bajar del colectivo. La tormenta era fuerte. Aparecí en un lugar desconocido, por segunda vez en unos pocos días. El 93 ignoró mis señas. Debí aguardar en el frío. ¿Alcanzó Buda la iluminación por hartazgo? Luego de peregrinar en busca de todos los maestros se abandonó. Y con la puesta de la última estrella logró la luz. La mente se mueve porque hay algo que hacer. Alguna motivación, alguna meta o un lugar al que llegar. Cuando ya no hubo método ni esfuerzo y no tuvo dónde ir, Buda se iluminó. Como Castaneda encontró su lugar cuando, exhausto de buscarlo, se quedó dormido.

«Un lugar al que volver, comida caliente, la ropa seca y una estufa me devolvieron al mundo de los deseos. En aquel tiempo vivía en un barrio custodiado por la prefectura y me inclino a creer que allí hay una

metáfora. Al día siguiente de la tormenta, un hombre se desnudó en la Avenida Patricios y corrió entre los autos hasta abordar el colectivo 39. Sigo buscando las señales y las palabras. Poco puede lograrse a través del esfuerzo. Pero decir esto también es un error. «
(“Random Haiku Generator”, La religión Hölderlin, p. 41).

Ya en la página 37 del libro aparecía la línea 39: *“Tengo un fuerte recuerdo de mi adolescencia. Con unos chicos, vestidos con el uniforme de la escuela, subimos a un colectivo 39. Adelante mío, un hombre leía un diario. Miré el titular. Decía ‘Argentinazo, recuperamos Malvinas’...”*.

*

Intentando disipar un poco mi ignorancia sobre los significados de los números, pude ver que, según distintas fuentes, el 39 y el 93 aparecen asociados a: la creatividad a través de las palabras, la espiritualidad, la iluminación, la influencia benéfica sobre otros.

*

El colectivo 39 es el que une Barracas con Chacarita. Parte de la avenida Patricios, en el límite entre Barracas y La Boca; luego pasa por el parque Lezama, en San Telmo, y también por Constitución. Al llegar a Chacarita, dobla por Lacroze hacia Corrientes, antes de pegar la vuelta hacia el final de su recorrido, en Jorge Newbery y Guevara.

Cualquiera que haya conocido un poco a Javier o lo haya leído puede saber que Barracas tiene un peso en su historia y en sus textos. Como La Boca, Constitución o San Telmo, constituye uno de los escenarios en los que se teje la trama simbólica de su poética. Más de una vez habló y escribió sobre el puente de la calle Ituzaingó que le apasionaba a Borges, en el límite entre Barracas y Constitución; los barcos oxidados del puerto; las fábricas abandonadas de Barracas; Constitución, donde *“confluyen todas las tribus de Buenos Aires”*.¹ También leemos en *La religión Hölderlin*: *“En la caminata de La Boca a Constitución intentamos sorprender el estatismo de las cosas. Pero todo bajo la luz del sol origina un efecto. Y aprendemos también el amor por la noche”* (p. 103). La tarde en que nos vimos con José Villa, nos encontramos en

la esquina de Corrientes y Lacroze, frente al cementerio de Chacarita, adonde dos días antes no pude llegar al responso por JG.

*

Una de las fotos de Javier que aparecen en *La religión Hölderlin* (p. 27) muestra una imagen del parque Lezama durante la época del confinamiento, cuando escribí buena parte de estos textos. Hacia el final del libro podemos leer: “*Toda fotografía nos dice que, algún día, alguien comienza a faltar. Uno deja cosas y es dejado, no tenemos medida de lo perdido*” (p. 113). Pero también, inmediatamente antes de esa foto que menciono (p. 26):

«No todo puede dejarse: no todos los cuerpos, no todos los ríos pueden ser atravesados. Alia, yo quería tatuarte, escribir un texto en tu remera o en tu espalda. (...) Cuando era adolescente, quería escribir en la pared de los cementerios. (...) Quería un desborde del libro sobre el mundo. Yo fui marcado. Estampa como marca o huella. Allí donde se acumulan cicatrices, despliego el libro que te escribo.»

*

En una entrevista que en 2018 le hizo Natalia Litvinova por la aparición del libro de poemas *Für Alina*, Javier Galarza cuenta:

*“Hace casi 30 años, yo usaba una máquina de escribir Olivetti, regalo de mi padre. Una noche, escribí un párrafo pequeño donde aparecían dos personajes: Alina, una adolescente débil y marginal, junto a un hombre extraviado, acaso un poeta. Pasó el tiempo, se sucedieron los escritos e incluso los libros, pero nunca pude librarme de esas presencias que fueron desarrollándose a través de pequeñas prosas. (...) Tenía la historia que quería contar, los protagonistas recorren barcos abandonados, vías que ya no funcionan, es decir, los restos urbanos de esta civilización. Primero imaginé a Alina como una yonqui, también como portadora de un virus; pero como estas ideas me parecieron densas, solo quise decir que Alina se estaba disolviendo y que el narrador se estaba contagiando de esa progresiva disolución”.*²

Y el poema de la página 11 de *Für Alina* nos confirma:

Disolución. La enfermedad

Pronto Alina me confesó que sufría
de *disolución progresiva*,
enfermedad que no tardé en contagiarme,
cuyos síntomas ocasionaban
invisibilidades y afantasmamientos;
los estados febriles propiciaban
conversiones religiosas
y visiones varias.

Pronto establecí conexiones
entre su fragilidad psíquica
y la piel blanca y destructible:
Alina era una criatura dañable por el sol,
situaba mis coordenadas
en el espacio exacto
entre la inocencia
y la perdición.

Nuestra consistencia apenas medía
en las balanzas, no aceptábamos
significantes que nos organizaran.

Ningún poder podía escribirse
sobre nuestros cuerpos.

Estábamos perdidos,
no incriptos
y por eso mismo
desesperados.

La enfermedad de Alina, su “disolución progresiva”, pudo llevarla a ser Alia en *La religión Hölderlin*. Y quien se contagió de ella bien podría ser quien dice en “Los días de la peste”, el primer texto del último libro de JG: “*Los cuerpos cambian a cada momento. El poder extiende la metáfora del virus y la guerra estalla en todas partes. (...) Hemos creado una metáfora perfecta con bordes donde despenarse. (...) Hay textos que abren grietas en el borde del mundo. Un mundo que prohíbe las revelaciones. Y nos recuerdan que nunca estamos a salvo*” (pp. 9-10).

E incluso llegar a afirmar (y predecir): “*No es el yo lo que importa. Podemos caminar hacia un nosotros. Intentarlo. Aun si no llegamos. Uno muere solo en esa cama, otro insulta, alguien reza más allá, otro camina*” (p. 35).

*

La totalidad del libro *Für Alina* es la historia de una disolución, de un camino hacia la desaparición: “*Si sabemos disolvernó/podremos terminar/ con la idea de un yo y de otro*” (p. 27). Y si prestamos atención a las páginas que vine mencionando de ambos libros, nos topamos también con la relación entre las que llevan el número 27. Así, la página de la cita anterior de *Für Alina* nos remite a la que, con ese mismo número en *La religión Hölderlin*, presenta la foto del parque Lezama; foto que, desde julio de 2022, nos dice que es Javier quien comenzó a faltar –quien se perdió–, así como que es su libro el que desborda sobre el mundo. Aunque no solo lo hace *La religión Hölderlin*, sino toda la obra de Javier Galarza: poemas, entrevistas, clases, presentaciones, diálogos que inevitablemente no cesan, “*más allá de nosotros*”.

Agosto de 2022

1. “Entrevista a Javier Galarza”, por Natalia Litvinova, en *Vallejo & Co.* (19/4/18), en Vallejo & Co. y *Un habitar poético. Entrevista a Javier Galarza*, por Audisea.
2. “Entrevista a Javier Galarza”, op.cit.

Valeria Cervero es poeta, correctora de estilo y editora. Publicó, entre otros libros, *Sin órbitas* (El ojo del mármol, 2016); *Madrecitas* (Barnacle, 2017); *Seres pequeños* (HD, 2018); *Sibilejo*, con ilustraciones de Juan Lima (Editorial Maravilla, 2018); *Ctalamochita* (Barnacle, 2020) y *Agujeros en la superficie* (Kintsugi, 2021). Difunde poesía para todas las edades a través de distintos proyectos personales y colectivos. Integra el staff de *Op. cit.*

Son necesarios abrazos inmensos para desandar la muerte

Por María Magdalena

*Sí, nuestro mayor desafío es no doblegarnos,
arrastrarnos hacia la vida.*

Javier Galarza

La presentación del libro *La religión Hölderlin* fue homenaje y también celebración. Javier aparecía en imágenes, en sonidos, en palabras, en poemas. Y en su voz. Antes de leer lo que había escrito –una anécdota, pidieron, para recordarlo, y yo automáticamente pensé en la última vez que nos vimos– se escuchó su voz. Una frase, o un verso, resonó: “Son necesarios abrazos inmensos para desandar la muerte”. Sentí que continuaba nuestro diálogo, porque lo que quería compartir se trataba de eso: de un abrazo inmenso que intentaba, ahora, allí, en esa congregación triste y celebratoria, desandar la muerte. Aunque la muerte no pueda ser desandada, pero aun así. Aun así.

La última vez que vi a Javier nos encontramos en la librería Arcadia. Estuvimos conversando sobre libros, fuimos a un café y luego me acompañó a casa caminando. Se había convertido en un hábito, en nuestros encuentros durante la pandemia: acompañarme a casa, caminar desde donde estuviéramos y continuar con la conversación. Era una forma, supongo, de prolongar el encuentro en tiempos en los que los encuentros se habían vuelto difíciles y sagrados. Solía preguntarme, siempre en algún momento de la caminata, qué música estaba escuchando. Esa última vez le dije que estaba atravesando una fase Björk. Cuando nos despedimos, me abrazó fuerte. Fuertísimo. Tanto que casi me quedé sin aire. Ese era otro hábito, abrazarme en las despedidas. Pero ese último abrazo fue de algún modo profético, como si hubiera buscado impregnarme el cuerpo de memoria.

Javier sabía abrazar. Se lo dije, alguna vez: “Sos una de las pocas personas que conozco que sabe abrazar”. Abrazar lo roto, lo herido, lo vulnerable del otro. Hasta dejarlo sin aire, incluso, para que la siguiente bocanada resultara vital. Saber abrazar no es método, no es

conocimiento, no es experiencia. Me refiero a un saber que, por el contrario, se desprende de todo cálculo. Una apertura, una entrega. Desconfío de quienes no presentan la disponibilidad para convertirse en hogar, y para hallar, al mismo tiempo, hogar en otro cuerpo. Aunque ese otro cuerpo sea siempre, como dice Octavio Paz, tanto casa natal como tierra incógnita. Porque abrazar también es un riesgo; así como puede ser hogar, también puede ser caída y abismo. ¿Acaso un abrazo no tiene la potencia de ser un pequeño apocalipsis, un fin del mundo transitorio, un signo de lo fugaz que contiene en su núcleo la atemporalidad de la memoria?

Cuando me enteré de su muerte, comencé a buscarlo en fotos, poemas, mensajes, cartas, canciones. Encontré este bálsamo: “Te abrazo fuerte, fuerte, solo para sostenerte un momento y sentir que allí yo también resisto. Escucho la celestial versión que hace Lotte Kestner de Halo y espero tu respuesta”. No, la muerte no puede desandarse, pero aun así. Aun así continuamos en diálogo con nuestros muertos. En algún lugar de la memoria Javier continúa esperando mi respuesta; en algún lugar de la memoria continúo hablándole. De esa persistencia en lo inútil está hecho el amor.

Octubre de 2022

María Magdalena (Buenos Aires, 1984) es poeta y escritora, psicoanalista y editora en Las Furias. Sus últimos libros publicados son el ensayo *No hay milagro más cruel que este. Sylvia Plath: amar, matar, escribir* (Las Furias, 2022) y el poemario *Un invierno sin Emma* (Vagantes Fabulae, 2022).

§

Oraciones sin divinidad

Por Alan La Veglia

La vida temblando desde sus bordes. Erizamiento por la disolución, por los escombros. Cada palabra como ofrenda o posibilidad para rehacer el impacto del mundo en nosotros. Una canción que sobrevive en boca de los extraños. Un poema de Hölderlin. La fosforescencia de las flores crecidas en su muerte. La pérdida como raíz embrionaria del texto.

Pero ahora hablemos del espíritu. ¿Qué es lo que nos convoca a los restos, al polvo, a la destrucción? Es la inclinación al misterio, el contacto con los huesos de la belleza. “Las ruinas dan testimonio de esto: el pasado no existe”, escribió Roberto Calasso. Javier, por su parte: “¿Vos querías hacer con los restos, con las huellas, con los rastros? ¡Ahí está! ¡Los restos, las huellas, y los rastros te hicieron a vos!”.

El *haijin* (poeta del haiku) sabe que el asombro se esparce en los márgenes. No espera nada más que el impacto de la realidad en el cuerpo. El asombro es la justificación de la vida. La recuperación de la vida. Y eso se capta en aquellos sitios ignorados. En uno de los diarios de Bashô leemos: “Fui a Atsuta a rendir culto. El recinto de la ermita estaba completamente en ruinas, su muro de barro se había derrumbado, oculto entre hierbajos. En un rincón, unas cuerdas marcaban las huellas de un templo menor; en otro, había una piedra con el nombre de cierto dios que ya nadie adora. Por todas partes, artemisas y helechos crecían libremente. De algún modo, el sitio me fascinó más que si lo hubieran mantenido de forma espléndida”.

Para que la vida se erija en la potencia del instante tenemos como condición desaparecer. Es la búsqueda en el descascaramiento. En el momento en que opera el olvido de nosotros mismos es cuando lo sagrado del mundo se despliega. Para entrar en los bordes, para captar sus rastros de magia, debemos ser nadie. Aquel que desaparece se vuelve receptor de la belleza que poseen las cosas. Esa es su riqueza: la desnudez, las palabras que devienen a la transparencia. Algo así leemos en *La noche sagrada*: “Y ahora que cae la noche, es hermoso saber que lo hemos perdido todo. Que no hay certezas que nos cubran ni ideas que guarezcan ni ficciones que cobijen ni tesoros en la tierra. Que detrás de las apariencias no hay nada. Saber que estamos perdidos. Definitivamente perdidos”.

Su pasión por Hölderlin, Celan, Rilke, Miguel Ángel Bustos, Artaud. Poetas de los límites, infestados por lo sagrado. Y los dioses, o lo sagrado, son las pasiones mismas. Javier, el fuego de una antorcha hecha de lenguaje cuyo destino siempre fue el otro. Un templo de instantes. Una capilla destruida. La sombra de un santo. Unos versos de San Juan de la Cruz. El olor religioso del óxido tocado por la lluvia. Alina, Alia, o quien camine perdido, glorioso de su pérdida. La materia quebradiza de esta noche en la que te escribo, maestro.

* La traducción de Bashô fue realizada por Alberto Silva. La traducción de Roberto Calasso, por Edgardo Dobry.

Alan La Veglia (San Miguel del Monte, 2001) cursa la carrera de Profesorado en Historia y estudió poesía con Javier Galarza. Forma parte del equipo editorial de Agua viva. Publicó *El pasto muerto cría luciérnagas* (Ediciones en Danza, 2021) y *Las XXXIII cruces* (2020).

§

Cartas entre Javier Galarza y María Malusardi
Buenos Aires, 2016

Lo que nos dejó la noche sagrada

Por María Malusardi

*Boris, no te escribo la carta que quisiera.
Las verdaderas no rozan siquiera el papel.*

Marina Tsvietáieva
(Carta a Boris Pasternak)

A veces, lo mejor es el silencio. Y viene a mi memoria el final de aquel enorme poema del enormísimo poeta palestino, Mahmud Darwix: “Si escucháramos atentamente el sonido del silencio... hablaríamos menos”.

Las redes sociales y otros medios masivos sobreabundan de palabras. Es una época de mucha palabra. Palabras que exaltan. Que felicitan. Que elogian. Que abrazan. Que ahogan. Que fastidian. Que dicen... que no dicen nada. Palabras... Las cotidianas y de las otras. Mientras escribo, reniego. Porque sólo el lenguaje poético roza esa dimensión del decir que la muerte no abandona. La luz de la fatalidad se apaga sobre sí misma y nos silencia. Lo indecible abruma la sinestesia en la que un derrame de colores ha perdido su música por el camino. O el desnutrido sabor de sus antepasados.

Me resisto porque ya no estás. Ni para leer ni para enterarte ni para responder. Es una condición injusta. Faltará lo que en otros tiempos inspiró el diálogo.

Hurgando entre mis archivos, encontré más de cien páginas de nuestra correspondencia vía mail. Pertenece a nuestros primeros años de amistad. Nuestra Edad de oro, como suelo nombrar a esa época. Porque la tuvimos. Logramos cierto lirismo tan propio del romanticismo; logré ingresar en tu dimensión nostálgica y verdadera, y nos mandábamos cartas, como hacían los escritores y las escritoras en otros siglos. Y descubro, cuando releo las nuestras, que tienen el tono mágico de las cartas en papel. Que es otro tono. Son cartas inspiradas, son diálogos sobre la literatura y la vida. Sobre nuestras inquietudes como poetas, sobre nuestras lecturas y hallazgos. Nuestra Edad de Oro, no hay duda. Un tiempo en el que fuimos socios en varias situaciones: escribí el prólogo para *La noche sagrada* y vos otro para *el desvío y el daño*. Más tarde presentamos juntos, en La Paz aArriba, *Chanson Babel* y *el desvío y el daño*, editados ambos por Buenos Aires Poetry. Luego publicamos y presentamos juntos *Für Alina* y *el descenso de Jacqueline du pré y otros poemas*. Ambos por el sello Ediciones en Danza. Para hermanarlos, Marco Zanger nos diseñó dos tapas maravillosas, que los arrimó visualmente. Ambos títulos hacen referencia a la música. Un momento muy significativo y luminoso.

Lo que pueda agregar, redundo.

Lo que pueda callar, permitirá acercarnos a la magia de tu voz.

Querido Javier:

Recibí recién tu «noche sagrada», en la que, espero, navegar sin fin.

Esto que escribí es improvisado, pero lo tomaré. Puesto que la noche es, como el poema, un habitar sin tiempo.

Hermoso título.

Ha sido un placer nuestra charla. Parecés alguien salido de otro tiempo. No en vano sos un amante del romanticismo alemán. Venís de esa noche.

Yo no sé bien de dónde vengo yo, seguro que no de este tiempo crepuscular que no acepta su tono sombrío, e intenta llenarse de luces espectaculares que ciegan –siegan– y no gestan.

Quiero contarte que conseguí la versión de Hölderlin que me recomendaste. ¡En Mercadolibre! A 140 pesos. La semana que viene lo retiro.

La versión de Las elegías es de Juan Andrés García Román. Me gustó mucho esta versión. Tengo el libro todo marcado, evidentemente enloquecí al leerlo. Son textos bellísimos. La editorial es la que te dije: DVD Ediciones. Tengo, editado por la misma, *El mundo no se acaba* de Simic. Y Poemas japoneses a la muerte. Lamentablemente dejó de existir. Una editorial de bellezas.

Emprendo la lectura, entonces, de tu noche sagrada. Seguramente en un par de semanas consigamos tomarnos otro café y conversar.

Ya te mandaré “el desvío y el daño”.

Un fuerte abrazo

María

Querida María:

Qué placer que el texto esté en tus manos, estas piezas fragmentarias que apenas quieren dar testimonio de eso que uno amó en el mundo y subrayó con ansias de compartir con los demás.

Que navegues y te pierdas en esa noche sin dioses donde la luna, el mar y el viaje mismo instauran, como el poema, otra temporalidad.

Para mí también fue una hermosa charla. Constatar ese expresionismo donde tu ánimo se extiende a la niebla o a la lluvia. A veces pienso que uno no puede elegir un movimiento literario, tal vez son los movimientos quienes nos eligen. Primero me gustaron la noche y los paisajes desolados, solo después supe que eran tópicos románticos.

La traducción que hace Luis Cernuda de Hölderlin me provoca ternura. Porque se nota su esfuerzo por leer al poeta en su idioma original. Y por una forma de magia que excede toda corrección o academicismo, en esos versos está Cernuda y está Hölderlin.

Vi que en Librería Hernández tienen ese tomo que bajo el título de “Cánticos” agrupa la producción de Hölderlin cuando está entrando en la locura e incluye esos borradores que tomó Heidegger (a veces segundas o terceras versiones de un poema).

Aguardo con ansias ese nuevo café y la llegada de El desvío y el daño, otro hermoso título, que me hace pensar en los caminos imprevistos y en esas marcas que como huellas van forjando nuestro temple.

Otro gran abrazo

Javier

Se me ocurre, Javier, que escribirte cada vez que me surja, luego de leer algún fragmento de *La noche sagrada*, será una manera de dialogar, tal cual vos lo planteaste en nuestro encuentro. Y que me ayudará, sin duda, a componer un texto a partir no sólo de mi lectura sino de nuestro diálogo. Sería una manera de fortalecer esta necesidad de tejido que necesitamos los poetas para subsistir, para subsistirnos, abrigarnos, interpelarnos.

Me gustaría transmitirte una vez más mi entusiasmo, luego de leer el prólogo y el primer texto sobre Hölderlin. Me conmueven tus textos. Y esto me genera felicidad. La que necesito para avanzar en esto. Me siento

en las mismas aguas de las renazco cada vez que muero. Así que gracias por este mar.

Además de tomar apuntes para mis apuntes sobre poesía, me asombran los encuentros textuales: Gadamer, por ejemplo. Qué pensador notable. Qué lucidez para referirse a los poetas. Ese libro que citás, lo tengo entre mis favoritos: *Poema y diálogo*. Lo descubrí hace no mucho, a partir de alguna lectura. Esto me fascina: cómo una lectura te lleva a otras y así sucesivamente, la vida se va armando en esta impaciencia que nos genera el lenguaje (y el dolor y la muerte). Esta impaciencia, como tan bien describís, de no llegar a decir lo que se necesita decir. De no llegar nunca a puerto, desesperación de la que el poeta es tan extravagantemente consciente y lo que, en ocasiones, lo llevaría a enloquecer.

En fin. Continuaré. Espero te parezca atinada mi propuesta. Es probable que las hermosas cartas entre Natalia (Litvinova) y vos, publicadas en *Cuerpos textualizados*, me hayan inspirado y generado deseos de intercambiar, como para nutrir el encuentro venidero.

Un abrazo

María

Claro que sí, María, acuerdo por completo, de eso se trata. En la carta a Böhlendorff, Hölderlin escribe: “El surgir del pensamiento en el diálogo y en la carta es necesario a los artistas”. Hablás de “tejido”, a veces nos movemos como animales heridos en busca de un lugar donde pasar la noche. Un resto de sentido nos interpela desde lo que se retira. Entonces permanecemos atentos cuando llega la tormenta, porque allí se abre una posibilidad.

Tu alegría justifica todo este trabajo. Una vez una amiga tuvo un “lapsus” muy pertinente. Dijo: “Es como el agua que respiro”. Y como pisciano podría adherir a esas palabras; la tierra requiere de adaptaciones, como escribe Borges, de “un cuerpo humano para andar por el mundo”. Mientras tanto el diálogo nos constituye. Quisiera preguntarte por qué tomaste esos dos formidables relatos de Kafka, el

del Artista del trapecio y el del Artista del hambre para pensar dos poemarios.

La letra nos dice, María, nuestra gramática es esta política que espera tu lectura, tu palabra.

Javier

No sólo me regresaste a Hölderlin, querido Javier, sino que me abriste una nueva puerta hacia su poesía. Hay un regreso y un empezar. Ahí está el diálogo. Qué hermoso lo de Hölderlin a Böhlendorff. Siempre Hölderlin tiene palabras para todo lo que los poetas necesitamos.

«Nuestra gramática es esta política que espera tu lectura, tu palabra». Me impacta tanto como se me escapa. Como todo texto filosófico. Suele fascinarme todo aquello que cuando llego a rozarlo, se va y me deja en ascuas, aunque renovada.

Ambos relatos de Kafka me convocan demasiado. Y cuando digo demasiado ni siquiera me refiero a los relatos mismos, en el momento de leerlos, sino al reguero que dejan en mí. Las imágenes de ambos personajes, además de lo que ofrece Kafka, me sugieren un imaginario que me es propio. O bien: a partir de esos dos seres extrañados de sí mismos, la idea del trapecio, como un modo de estar en la vida –el equilibrio imposible, la caída y el regreso a la cuerda– y la jaula y el hambre –la opresión del mundo capitalista, con todas sus repercusiones en quienes padecen de manera flagrante y quienes asistimos, mirando, esa desgracia–, como una condena. Ya que me lo preguntás, se me ocurre que podría explayarme un poco más. Lo haré, sin ánimos de acaparar.

Por el momento, seguiré con tu noche sagrada. Y escribiéndote cuando algo surja.

Abrazo grande

María

Es así, querida María, siempre digo que la historia de la poesía es mucho más extraña que cualquiera de esos thrillers místicos – conspirativos como “El código Da Vinci” o “El péndulo de Foucault”; la realidad no solo tiene estructura de ficción, como dijo Lacan, sino que, además, la supera ampliamente. Tal vez el mejor ejemplo de ello sean Kafka y Rimbaud. Ambos vieron mucho más allá de Charleville o de Praga. Rilke también habla de “ver”, Pizarnik también y Juanele, que tiene estos versos memorables:

*“Blake, Shelley y Rimbaud supieron que no estaban solos y vieron, mis amigos, ellos vieron
Y unos cantaron lo que vieron y otros gritaron lo que vieron (...)”*

Y está Mandelstam, claro. Kafka excede todos los géneros, y como le ocurría a Joaquín Gianuzzi, lo considero un poeta. Porque vio, tal vez como nadie, esas criaturas que describís y los engranajes del poder. Vio sin velos.

Alguna vez escuché que Octavio Paz decía que “somos jeroglíficos sensibles”, y a eso me refiero con “gramáticas”, cada lectura nos da una nueva vida, tal vez ese “tú invocable” que buscaba Celan y que hoy tiene tu mirada.

Javier

Continuará...

María Malusardi (Buenos Aires, 1966) es escritora, periodista y docente. Publicó *Una madre es un piano triste, artista del hambre* (Segundo Premio Municipal de Poesía 2018-2019;), *el desvío y el daño, el sastre* (Mención especial del Premio de Literatura Casa de las Américas 2015, de Cuba), *artista del trapecio, diálogo con pescadores*, entre otros. Escribe en *Caras* y *Caretas*. Es profesora en la escuela de periodismo TEA.

La brasa del fuego colectivo

Por Ayelén Rives

*Cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia,
un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido.*

Dedicatoria de Miguel Hernández a Vicente Aleixandre
En *La religión Hölderlin* (p. 79)

En estos días de bucear entre fotos de todas las épocas de su vida, entrevistas, videos y poemas, siento que puedo recuperar un poco del Javier que conocí.

Fui una de sus tantas alumnas de taller, pero a su vez, ese vínculo generaba inevitablemente una amistad, un vínculo más íntimo. No podía faltar al encuentro de los viernes, había que compartir este poema con el grupo, había que llevarle a Javier esta pregunta que pocos iban a poder responder. Él sabría o intuiría: ¿qué llevó a Sylvia Plath a su destino? ¿A qué se refiere Rilke con este verso? ¿A quién dedicó Edgar Bayley su poema? ¿En qué historia personal se basa este libro punzante de una poeta contemporánea? ¿Qué hizo Hölderlin durante los 43 años que estuvo encerrado en una torre?

De cada pregunta podíamos escucharlo hablar horas, conectando a unx poeta con otrx, una historia con otra, un lugar llevaba a otro a mil kilómetros de distancia. En esos encuentros podíamos sentir cómo toda la poesía está unida como las raíces de un bosque, aunque a veces se toquen apenas, muy abajo. Ese era el mapa mental que Javier tenía en la cabeza y que pocos pueden reconstruir. “¿Será ingenuo unir poetas de distintas épocas y nacionalidades y pensar en un diálogo común a todos?” (LRH, p. 86). Todavía a veces me surge una pregunta y siento que sólo podría preguntársela a él, que sólo él podría responderla.

En todos esos registros que nos quedan –“*Toda fotografía nos dice que, algún día, alguien comienza a faltar*” (LRH, p. 113)–, veo lo que veíamos a diario: siempre rodeado de poetas, de amistades, de abrazos, de colegas que no dejan de profesarle afecto, que no dejamos de estar heridxs por su falta. Pero que también seguimos conectando en las

huellas de lo que nos dejó: poesía, aprendizajes, anécdotas, frases, amistades, chismes, amores, filosofía, astrología, psicoanálisis, heridas, conversaciones sin saldar. Y entre todo esto que nos dejó, también está aquel mapa mental. La red que él veía como un mapa de poetas, artistas, editoriales, un mapa de amistades, de vínculos de maestrxs-alumnxs, talleristas, organizadorxs de ciclos, músicxs, actores y actrices. Personas y posiciones en un campo. Él veía, sin haberlo bajado a ningún libro, a ningún estudio sociológico, la red que constituye el campo poético literario en Argentina. Esa red, hecha de libros y de vínculos humanos.

Y también nos dejó esta otra red, la de la amistad y la solidaridad, la que insistía en construir y compartir. La que armó a fuerza de sacudirnos de nuestras rutinas para converger en un grupo de alumnxs que se terminó convirtiendo en guarida. Nos reclamaba el hacer colectivo: *compartan, pasen el flyer, organicemos un festival*. Azuzaba el fuego colectivo. Y si no lo hacíamos nosotrxs, ya él compartía nuestros trabajos ahí. Para que no estemos aisladx ni solxs en nuestro hacer, para que hagamos red con la palabra poética. *Para vivir colectivamente algo de lo real (LRH, p. 24)*, pero también algo de lo imaginario y lo simbólico.

Todo esto que dejaste en nuestras manos, Javier, todo esto que nombro y recuerdo con tanto cariño, es todo lo que nos dejaste para hacer. Una brasa, para seguir construyendo y seguir compartiendo. Para seguir haciendo que tu vida y tu mundo circulen, con la fuerza que lo hizo siempre.

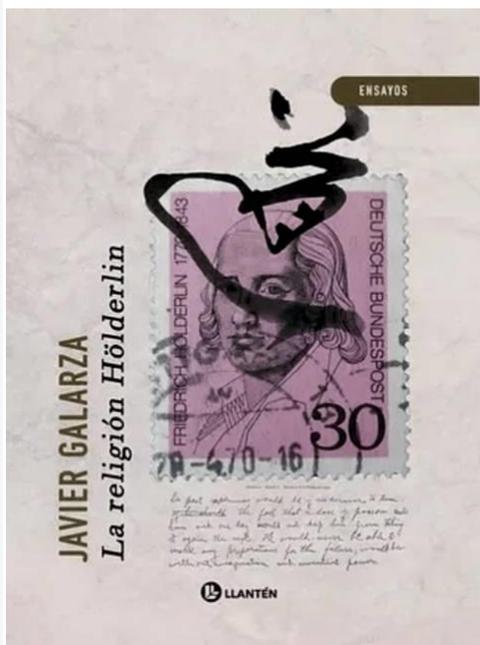
Ayelén Rives (Quilmes, 1988) es comunicadora social, gestora cultural y periodista. Amante de la naturaleza y del mundo botánico. Colaboró en la organización de ciclos y festivales de poesía como el Club Atlético de Poetas, La Juntada – Festival de Poesía Joven de APOA y Lengua que Ladra. Actualmente es editora y redactora de la revista Ruda. Publicó los poemarios *Kintsugi* (Ediciones En Danza, 2022) y *Morada* (2015), en la colección Miliuna, surgida de la Clínica de Poesía de la Biblioteca Nacional, coordinada por Liliana Lukin.

Javier Galarza (1968-2022): La religión Hölderlin – Dossier

Minientrada febrero 27, 2023marzo 1, 2023 Artículos/EntrevistasAlan La Veglia, Anna Frandzman, Ayelén Rives, Emiliano Campos Medina, Gabriela Franco, Javier Galarza, Joaquín Vázquez, José Villa, María José Bozzone, María Magdalena, María Malusardi, poesía argentina, Valeria Cervero

Reseña sobre *La religión Hölderlin* y selección de textos

El riesgo de vivir en el aura del mito



Por Joaquín Vazquez

En el hueco de la espera de los dioses idos se deja escuchar, cada tanto, el clamor impersonal de la lucidez. Basta con detenerse a pensar que, si las condiciones están dadas, una sola chispa puede catalizar un cosmos para quedar subyugados ante el pasmo. Pero el problema radica en la parte muda y no manifiesta del chispazo. ¿Se esconde algo ahí? ¿Es posible la deserción de panteones enteros?

En este ensayo, Javier Galarza nos hace escuchar la voz Hölderlin y la pone a dialogar con las de Calasso y Heidegger para disponernos a la tarea del pensar poetizante, capaz de remitologizar el mundo, de reunir en el acto poético la dispersión del sentido. Dice el autor: “*Lo sagrado es*

uno de los impulsos básicos del hombre, como el hambre. La creencia viene del mito, o de las cuevas rupestres, y quizás antes. Lo sagrado es independiente de un dios, es ese espacio para el misterio donde aún nos encontramos. Pueden haber muerto todos los dioses, pero la vida sigue siendo eso que nos escapa”.

En estas páginas, parece sugerirse que el acto mismo de poetizar es el que convoca a la multitud de dioses, el canto que salva la distancia entre la finitud desgarrada que somos y la indiferencia absoluta de lo que nos excede. Nunca hubo dioses ni religión sin poesía. No importa la época ni la cultura, los dioses han vivido únicamente en el poema. Testimoniar su muerte o su huida es también labrar el acta del silencio que el discurso técnico-científico le impone a lo que no se ajusta a su régimen de expresión, a lo que metaforiza y tiende puentes hacia lo otro.

Bajo el amparo del ya clásico apotegma hölderliniano que dice *El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona*, Galarza ensaya, sin mencionarlo explícitamente, una ética politeísta de la fantasía, vale decir, de la poesía; pero también nos advierte seriamente sobre los peligros de librarnos a vivir en el aura del mito. Lo sagrado quema, arrolla, enloquece a los mortales que se aproximan a mirarlo de frente y sin velos. Hay que precaverse. No somos oráculos y carecemos de órdenes simbólicos para contener el caudal de lo que adviene cuando se sintoniza esa frecuencia. Es ahí donde Hölderlin le da una tarea a la filosofía: ser el hospital de las conciencias míticas, poner unguentos de abstracción en la herida abierta de la verborragia de imágenes, contener en el concepto la efervescencia sagrada.

De resonancias quignardianas, *La religión Hölderlin* es a la vez un registro epistolar de una vida atenta a la poesía en plena pandemia, pero también una tentativa seria por encontrar un modo de habitar esta época.

Fragmentos de *La religión Hölderlin* (Buenos Aires, Llantén, 2022)

De Libro de estampas I

ESO HABLA Y HABLA DURO

En ensayos de Heidegger o de Lacan leí algo así: eso habla, eso escribe, o eso piensa. Cada uno le pondrá un nombre diferente a *eso*: el psicoanálisis lo llamará inconsciente, el existencialismo lo llamará el ser, el místico lo llamará dios. Suelo pensar que hay una trama simbólica hecha de lenguaje donde cada poeta aporta su propia voz. Intuyo que esta trama es universal, hace a la especie humana y creo que cada voz es un eslabón pequeño pero imprescindible en esa cadena. En la medida en que se escribe o se pregunta, hay algo que urge ser dicho. Eso nunca puede ser claro como una fórmula matemática. Y el significado será posterior a la obra, las implicancias de lo dicho o lo no dicho. Continúa viva la pregunta de Heidegger: ¿somos capaces de escuchar lo que Rimbaud calló? Podríamos agregar: ¿somos capaces de escuchar toda esa poesía que los siglos callaron en Safo?

ORACIONES

El mundo es texto en tanto la vida misma es escritura. Y muchas veces uno reescribe libretos, los borra, los altera o los tacha. Me interesa ese desborde de la hoja de papel sobre la vida. Como deseo de expandir el mundo, no en el sentido de crear una ficción, sino en el de apresar un caudal de existencia que de otra forma sería inasible. Estamos en una era de transición que no sabemos hacia dónde nos lleva. Esto involucra tanto a la escritura como a la figura del intelectual. El mundo todo está en jaque. Quizás esto sacuda la lasitud posmoderna. Freud, Mandelstam, sufrieron hambrunas, deportaciones. Pero el arte, durante y entre guerras, fue formidable. Vivir colectivamente algo de lo real. Que la pandemia toque el lenguaje, que según Burroughs, también es un virus. Que en este cambio podamos resistir.

De La religión Hölderlin

INTERSTICIAL

Si la muerte de un poeta es un drama del lenguaje, como escribió Joseph Brodsky, algo se apaga también en el momento en que la tierra debe dar

paladas sobre sí misma. Aquella fidelidad al deseo de Antígona queda suspendida en tiempo de pestes: «Quiero enterrar a mi hermano».

La poesía también es tocada, quedó marcada luego de los campos o de la dictadura o las guerras. Nos quedan restos de palabras, un lenguaje de interferencias, cortes e interrupciones. Esa «palabra herida» que, según Edmond Jabès, lo hermana con Paul Celan. Releyendo a Hölderlin, un momento intersticial, entre el «ya no» y el «no es tiempo todavía».

De Libro de estampas II

EXPERIENCIAS DE LA INTEMPERIE: El habitar poético

«Pleno de méritos, pero poéticamente, habita el hombre en esta tierra». Este verso de Hölderlin ha tenido y tendrá muchas interpretaciones (sin duda, las más certeras son las de Heidegger). No obstante, anoto: no es lo mismo tener un cuerpo que habitar un cuerpo. No es lo mismo estar inserto en el mundo de la lengua que habitar la lengua. No es lo mismo estar en la tierra que habitar la tierra. No es lo mismo estar en una casa que habitar una casa. Un habitar poético exige pensamiento.

«Pero a nosotros nos toca, oh poetas, permanecer con las cabezas desnudas bajo las tormentas de dios», escribe Hölderlin en «Como cuando en día de fiesta».

Tenemos vislumbres de la intemperie. Hasta que la vida o el arte mismo desocultan un hecho en su magnitud. ¿Individuos monitoreados por circuito cerrado? ¿Cuidarnos de no perder lo que no tenemos? ¿Defender lo que no es nuestro? ¿Hablar de Rilke o del Dasein para entregar «la muerte propia» a una prepaga? ¿Hacer girar la ruedita de la jaula de los hámsteres, funcionales a un sueño o mandato, buenos vecinos? ¿Ataques de claustrofobia en los ascensores? ¿Agorafobia en los hipermercados? Vislumbrar la intemperie nos devela que aún no habitamos.

FINALE

(fragmentos)

(...)

Se sacan fotos, no para encontrar una respuesta, sino para multiplicar las preguntas. Quizás así se escriben las cosas. Toda fotografía nos dice que, algún día, alguien comienza a faltar. Uno deja cosas y es dejado, no tenemos medida de lo perdido.

(¿Quién tiene medida de lo que deja?

¿Quién tiene medida de lo que pierde?)

(...)

Hoy recordé a alguien que no está y pensé: Qué sano es tener momentos de tristeza. Hoy lloré por el mundo que perdimos y mi rezo decía: Señor, protégeme de este deseo de retorno a lo inorgánico. Señor, protégenos. Y ahora escribo porque unas pocas líneas en este momento quizás nos abran la posibilidad de redención.

Perdidos, con amor en este mundo.

Joaquín Vazquez (Rosario, 1990) es profesor y licenciado en Filosofía por la UNRC. Publicó los libros de poesía *Observaciones sobre las plantas* (poesía, HD, 2020) y *La voz en los maderos* (Cartografías, 2016); de narrativa *Crónicas de infancia* (Kintsugi, 2018, reeditado y ampliado en 2022) y *El nacimiento de un genio* (cuentos, Trench, 2019); y el libro álbum *¿Qué es una criatura?* (Cartografías, 2021). Trabaja como docente en los niveles universitario y terciario y da talleres literarios.

Javier Galarza (1968-2022): La religión Hölderlin – Dossier

Minientrada febrero 27, 2023marzo 1, 2023 Artículos/EntrevistasAlan La Veglia, Anna Frandzman, Ayelén Rives, Emiliano Campos Medina, Gabriela Franco, Javier Galarza, Joaquín Vázquez, José Villa, María José Bozzone, María Magdalena, María Malusardi, poesía argentina, Valeria Cervero

Selección de poemas y otros textos de Javier Galarza



Javier Galarza 2012. Foto: Marisa Negri

No somos contemporáneos, antología

De *El silencio continente* (2008)

(UN SUSURRO EN LA MANSIÓN DEL SILENCIO)

guarecer un secreto. guardarlo y resguardarlo. mantenerlo como un susurro en la mansión del silencio.

abrevar allí donde resiste lo no dicho, lo impronunciable. resguardar también al equívoco como posibilidad.

ese espacio nos interpela desde lo que se retira. está allí y no. es la pregunta. tal vez la poesía misma.

ese reto de misterio.

cuando eso que se retira nos da un nombre.
eso mismo que se va nos funda. nos dice.

al partir.

RETORNO A CASA

(Variación sobre un tema de Hölderlin)

descargar las valijas hacia esta extrañeza:
la de volver

porque cada lugar abandonado nunca vuelve a ser el mismo
porque toda partida es para siempre

porque en cada retorno todo está en su lugar
más aún así algo cambia imperceptible

¿qué débil muerte brilla allí,
en eso que es sugerencia y detenimiento, quietud:

un par de zapatos
una muda de ropa interior junto a una valija?

tras la hora del rocío, apenas la alegría de los perros
ante el retorno del viajero

ventanas húmedas permeables al anuncio de tormentas
el Todo es la dicción pura de una interioridad

retornar siempre a ese lugar donde no se cesa de no partir
siempre nunca volver siempre nunca no cesar de no volver

De Reversión (2010)

hogar

bendito
el que incendia
su casa
y canta
sin resguardo
puesto que arde
sin construirse

reversa

el camino
que deshicimos
al andar
lo que perdimos
retorna
como perros
de
otra
lluvia

De Refracción (2012)

insiste

algo
crea
un caudal
de verdad
en eso
que retorna
diferente
cada vez

apaga

no me
preocupa
perder / me
nunca
quise
conservar
algo
que
se pareciera
a mí

final

vamos
que
no incendiaste tu casa
ni cantaste sin resguardo
para dejarte morir
en el sagrario
de una obra

De Lo atenuado (2014)

La hendidura

Algo en la alternancia
entre los colores de la tinta
y la hendidura certera
de la pluma sobre el papel,
lo blanco. Sea la pluma,
el canto o la voz, como el eco
que vuelve con el viento,
y sea esta luz también

que alumbra las aperturas
del mundo, aún en la noche,
el estilo o estilete que rasga
el blanco de la hoja.

Qué te dolió más

Vivía. En tanto el mundo tiene un resto de sentido que
aún te huye. El nirvana, lo eterno de la inacción o la nada
misma. Hacia dónde la vida, como el río a un cuerpo, lleve.

¿Cuál es la insignia de tu guerra? Aunque en la poesía
siempre sea. La guerra. Aunque en el lenguaje. Siempre.
(*Pólemos* como tensión generadora, etc.)

Cuerpo, decodifica los estímulos. No hay un saber sobre el
cuerpo. No hay. Un saber. Apenas ese otro que nos dice, que
no termina de decirnos. Que no termina de no. En cada
encuentro, en cada des.

Qué te dolió. El primer golpe. O la primera caricia.

Tu nombre

Vi las calles besadas
por tu olvido,

tejiendo lechos de hojas
para el otoño.

Juegan,
junto a los chicos
que fuimos,

entre los restos
de la estación.

Vuelvo a mi sombra,
donde no vuelvo.

*

A la hora en que el mundo
callaba su secreto...

¿Qué caía con tu nombre?
¿Temblaba donde no estabas?

¿Qué cantabas a veces
y en qué idioma

siempre

tan lejano?

Tus dialectos / insitu /

Intento ganar tu lenguaje para el mundo.

Te sitúo, ardo en tus dialectos, en los sobrantes
de tu alfabeto y en las palabras de tu espera.

Abarco tu mímica con el paso lento
con que se derrama

la gramática de tu cuerpo.

Tu cesura

Calla, entre un punto y otro,
entre un poema y su silencio,

lo escrito nos instaura
en tanto brecha.

Intento tu lenguaje
donde me perdí
por mucho menos.

Que tu nombre sea ese *hiato*
entre lo aprensible
y lo indescifrable del mundo.

Odres

Algo falló a la salida de Cafarnáum.
Preguntaste si aún llevaba los dones conmigo.
“No lo sé. Tengo el barro, los odres y las tinajas”.
Dijiste que sólo el vacío de los cuencos era real.
Me pediste un abrazo.
No porque todo se desmoronara.
Sino a pesar de eso.

Concernido por lo improbable

Quién faltó en los espejos,
y derrochó las limosnas,
y se rehízo en base a nada,
para esperar la mañana en los andenes,
y hacer fuego de sus prisiones,
no será quien hable, no quien escriba aquí.
Porque se buscó donde no estaba,
y por sustracción actuó,
y por fidelidad traicionó cada juramento.
Qué no soñó perder, qué no soñó,
ese, que no obstinó en preservarse,
ni en retornar donde no estaba.
Ese, nada temió que no ocurriera,
nada soñó que no estallara,
nada sembró fuera de su guerra.

Como un hostel de su aventura,
o un colapso de rieles, ese, ese no, ese mismo,
no se pierde porque no se pertenece,
no se salva porque no se quiere perpetuar,
no teme perder porque está perdido,
se da porque no se tiene.

Canción de la noche

Como un animal viejo que se aparta de la manada
busco un lugar sabio donde morir. Sea la noche,
los cazadores sean,
este pulso de la vida en un fusil,
y sea el perro, la versión doméstica del lobo,
qué más sabe el zorro por viejo,
qué solo bien se lame el buey;
un animal enfermo atisba donde caer y aúlla:
como un animal viejo
que se aparta de la manada
busco un lugar sabio donde morir,
para tender restos a la vera de un camino, nieve
en espera de los glaciares y la lluvia de milenios,
para volver a la tierra y ya no pelear,
apenas un crujido de huesos
al costado de la vida,
que venga la ceguera, que venga,
que entre la noche, que entre.

De Chanson Babel (2017)

Efecto invernadero

Con el cambio climático,
las especies migratorias
se ven afectadas,

porque los indicadores varían
y confunden los períodos
en los que deben partir,
'así estás vos', me dice N., 'como los pájaros
cuando se derriten los polos ',
porque sufrí una caída mientras
intentaba subir por un callejón
y mi cuerpo quedó dislocado,
listo para no dejar de caer.
Es cierto, pierdo mi brújula,
dejo de hibernar en forma prematura
o doy frutos fuera de estación,
esto lo debí cantar en primavera,
pierdo mi norte,
las cosas caen por su propio peso,
del verbo 'cadere' (caer o suceder),
similar al verbo 'caedere' (matar
o hacer morir),
la caída en el Génesis
es lo que nos priva de un lugar seguro,
reptar, arrastrarse sobre el propio vientre,
tentarse y sufrir el castigo
o tomar conciencia de la desnudez,
solo lo prohibido
nos alienta a continuar
o hace lugar al deseo
y cada uno pone un precio
a la medida de su transgresión.
Decenas de pájaros colisionan cada día
contra los cristales de los edificios.

Disociación

Los procesos de despersonalización
incluyen insomnio, ansiedad,
vértigo y extrañeza.

La sensación de estar viviendo en un sueño.
¿Es Zhiangzu soñándose mariposa
o una mariposa sueña que es Zhiangzu?
Enseña el Tao que el cielo es permanente
y la tierra durable.
Ambos perduran porque no viven para sí mismos.
Para preservar algo es mejor no aferrarse.
Todo filo se desgasta.
Cuando oro y jade cubren el vestíbulo,
más fácil es arrebatarnos.
Los bienes y los honores acarrearán la destrucción.
Cuando hay puertas y ventanas en una casa,
es el espacio vacío
lo que nos permite atravesarlas.
Quien sabe actúa sin actuar
y enseña sin palabras.
Esto enseña el Tao del cielo.

Ecolocación

Intento soldar esa brecha
entre contemplar tu extrañeza
o pertenecer a ella:
habitar tu comprensión
o hacerme un lugar allí;
no quiero diferir
porque cuando lo hago me pierdo.
La ecolocación o biosonar
es la capacidad que poseen algunos animales
de conocer el entorno
a través de la emisión de sonidos
o al descifrar el eco que producen los objetos
en torno a su desplazamiento.
Todas esas mañanas de desesperación
necesité que alguien me llamara
para decirme quién era yo.

Mis ojos fallaban y debía desarrollar adaptaciones.
'desfalleciente,
abandonado de Dios',
como hubiera escrito el peregrino Johann Scheffer,
'más de mil veces nació aquel en Belén
pero nunca en mí',
¿cómo no iba a estar perdido?
Vaciaba los blísteres
y la mañana invertía los espejos
hasta hacer comfortable
la calma posterior al pánico.
Tropezaba, chocaba contra los objetos;
Buscaba puntos de orientación por resonancia.
El sonar de los barcos está basado en este principio,
podría ser un medio de localización acústica,
allí donde el radar emite ondas,
el sonar utiliza impulsos sonoros.
Para Heráclito, cuando lo oscuro
marca el predominio de la humedad,
el invierno acontece.
Un golpe de luz
en la mañana de los días por venir.
La multiplicidad de caminos
extendida hasta la cancelación.

Decantar

Para Mijail Bajtin 'la lírica solo vive
gracias a la confianza en un posible
refuerzo coral',
lírica como espera de otra voz,
un movimiento hacia el otro,
lo 'prosaico' entonces
sería eso que carece de emoción.
Pero silbar solo en una calle
deshace los géneros literarios;

comer, dormir, caminar en invierno,
el deseo de abrigarse,
eso es tejer,
eso es escribir;
'texto' deriva del verbo latino 'texere':
tejer, trenzar, entrelazar.
En el principio escribir fue cifrar,
rasgar una piedra o el barro,
para grabar algo
de carácter religioso o funerario,
incisiones sobre el lodo fresco
o sobre tablas de madera,
pero un hombre que silba en un callejón
nos recuerda que 'cantar'
significa 'coser canciones'.

Poema para Miroslav Tichý

La obra no consciente de sí misma.
Aquel consejo de Osip Mandelstam:
'hacer a un lado el texto principal
y guardar lo escrito en los márgenes'.
La captura del instante,
algo del orden de lo que no parece
ni perdura. Estados de suspensión.
La consiga de Rimbaud: 'fijar vértigos'.
No, no fue Miroslav Tichý un vagabundo
que construía sus máquinas de foto a mano,
con cartón, latas y cinta adhesiva;
no revelaba y enmarcaba las fotos
con desechos que juntaba de la calle.
No fotografió mujeres checas,
pequeñas postales voyeur del deambulador.
No agradezco su merodeo
en torno a las piscinas de Praga,
todas esas estampas imperfectas que el tiempo

y el anonimato hubieran arrebatado.
No vivió Miroslav entre 1926 y 2011.
Miroslav no ‘miró’. No ‘cartoneó’.
No es el arte un daño colateral.
Ni duele esta noche escribir estas palabras.

De Für Alina (2018)

Disolución. La enfermedad

Pronto Alina me confesó que sufría
de *disolución progresiva*,
enfermedad que no tardé en contagiarme,
cuyos síntomas ocasionaban
invisibilidades y afantasmamientos;
los estados febriles propiciaban
conversiones religiosas
y visiones varias.
Pronto establecí conexiones
entre su fragilidad psíquica
y la piel blanca y destructible:
Alina era una criatura dañable por el sol,
situaba mis coordenadas
en el espacio exacto
entre la inocencia
y la perdición.
Nuestra consistencia apenas medía
en las balanzas, no aceptábamos
significantes que nos organizaran.
Ningún poder podía escribirse
sobre nuestros cuerpos.
Estábamos perdidos,
no inscriptos
y por eso mismo
desesperados.

El tono del eclipse

El tono del eclipse llena el mundo
de sombras, forma de Alina
recortada contra las paredes.

El sol y la luna devorados
por las bestias que antaño
aterraban a nuestros ancestros.

Alunada, Alina me pide
que la desconozca.

La gente está en las plazas
y en los techos.

Querida Alina, no hemos dejado
de mirar las estrellas con nostalgia,
donde la vida o la muerte
podrían ser un efecto de luz.

El estallido del cometa

Como el milagro invertido de la luz
sobre un pesebre,
un cometa se desintegra
sobre nosotros.

Y algo más se apaga
desde este silencio
que nos encuentra refugiados
en una casilla a medio construir.

“Yo podría haber sido otra”, dice Alina,
empequeñecida por el frío.

“Soy otra en algún lugar,
todos podríamos
haber sido otros,
somos otros
en algún lugar”.

La mariposa muerta

“Es la miseria lo que me impide darlo todo”,
predicó Alina como una pequeña loca de Asís,
“Si sabemos disolvernó,
podremos terminar
con la idea de un yo y de un otro”.

Y agregó:

“La gente aprende cosas como quien,
con precisión de entomólogo,
atraviesa a una mariposa
con un alfiler.

En cualquier cosa que entiendan
habrán perdido el vuelo”.

Desaparecer

Alina, estamos desapareciendo,
te veo suave, pálida y liviana
como una pluma,
se diría toda de algodón,
que no lleva huesos,
nos apagamos como velas tras un ritual,
aliados al llamado
del silencio sobre nosotros.

“Decime que vas a robar mi cadáver
cuando ya no me puedas acariciar”,
pide y dice:

“Si un día mis ojos se apagan
voy a susurrar en tu guitarra”.

Tiembla otra vez junto a mi cuerpo
y a punto de dormirse repite:

“Yo podría haber sido otra,
todos somos otros en algún lugar”.

Desaparecer tras el estallido del cometa.
Estamos desapareciendo.

Las plazas en otoño

Recuerdo la plaza de noche
y la calesita rota entre hojas secas,
el mundo giraba hasta marearnos,
dábamos vueltas tan fuertes
que temimos abandonar nuestros cuerpos,
una vuelta y otra y otra más
y más allá nuestras huellas en el arenero,
las hamacas vacías meciéndose en la tarde.
Como si pudiéramos habitar ese vértigo,
giramos con el mundo, yo recuerdo.

Estremecimiento

Ama lo que sabe temblar en el invierno,
las vidas no transcurridas,
los residuos de las palabras,
las cosas incompletas,
las promesas
y el olvido.
Caminamos a un costado de la ruta,
el aire tiene grillos y canciones
y cualquier lugar queda lejos.
Luces de automóviles cortan el aire con violencia,
hacemos dedo, nos detenemos por un instante
y seguimos caminando. Dónde irán a dar
nuestros huesos cansados,
esta ceremonia de buscarnos.
Los cementerios tienen

rumor de eternidades
donde nos prometemos el silencio.

Donde comienzan los caminos

Es hora de partir.
¿Quién hará las valijas
en nuestro silencio?
Llovizna de verano,
el tren que nos pierda
nos regalará una postal:
vagones oxidados junto a las vías.
Te duchás llorando.
¿Vas a acunarte
sola para dormir?
Hicimos nuestro hogar
en el lugar más lejano
y ajeno que pudimos encontrar.
Ahora caminás en busca de tu ropa,
tratamos de no mirarnos.
¿Sería mucho pedir que te quedes
una eternidad más?
¿Cuánto?
Lo que dure el silencio.

De La noche sagrada (2017)

De la poesía como diálogo y balbuceo

Somos palabra en diálogo
Friedrich Hölderlin

Todo poema es diálogo, a menudo un diálogo desesperado
Paul Celan

Toda verdad es diálogo

Robert Frost

La poesía es una forma superior de balbuceo

Terry Eagleton

Quizás, mientras el político o el científico buscan un discurso “convinciente”, el poeta puede jactarse de *vacilar* en el lenguaje, de no estar seguro, de *tropezar* y arriesgarse a ese peligro que *abre* el habla a sus bordes y caídas. Quien tropieza en la lengua es quien no ejerce su fuerza totalitaria. El poeta se mueve en ese peligroso límite entre el sentido y el sinsentido.

Nos interpela ese *resto* de sentido que huye. Así como Deleuze considera a la lengua como un *sistema en desequilibrio* o el psicoanálisis dice que, en tanto usuarios del lenguaje, no podemos evitar ser parte de esa trama simbólica en la que la lengua se despliega. Quizás entonces la poesía sea el ámbito privilegiado del diálogo.

Valga como ejemplo este diálogo imaginario entre pensadores, psicoanalistas, filósofos, músicos y poetas: Hölderlin escribe “es velozmente fugaz todo lo celestial mas no en vano”¹. Parece contestarse él mismo cuando escribe que “solo por momentos soporta el hombre la plenitud divina”². Rilke canta en la primera de las *Elegías de Duino*: “La belleza es el primer grado de lo terrible soportable... Todo ángel es terrible”³. Y pronto aclara que ante la presencia de una divinidad *sucumbiríamos ante su existencia más fuerte*. Hölderlin escribe: “Desde la mañana, cuando somos un diálogo, mucho ha sabido el hombre, mas pronto seremos canto”⁴. En el soneto III a Orfeo, Rilke responde con este verso: *Cantar es ser*. Hölderlin menciona *sorprender los signos de los dioses*. Baudelaire, en el soneto IV de *Las flores del mal* dice que *el poeta sorprende las correspondencias del Universo*.

¿El lenguaje es morada del *ser* (Heidegger) donde el inconsciente se despliega y manifiesta a través de la trama simbólica (Lacan)? ¿La poesía resguarda ser y lenguaje (Heidegger, Jorge Teillier)?, ¿es un diálogo (Frost, Hölderlin, Celan) donde el ser se evidencia en la intemperie, la tormenta, el riesgo (Rilke, Juan L., John Cage, Pizarnik)? ¿Está en la

formación del mito de todo poeta el *aprender a ver* (Hölderlin, Rilke, Pizarnik, Miguel Ángel Bustos, etc.)?

¿Y nosotros los mortales cuándo somos?

pregunta Rilke. Otra vez la respuesta la da el mismo poeta, esta vez en su “Novena elegía”:

Haber vivido no parece un hecho revocable.

La escritura poética como extensión del cuerpo, un nuevo emplazamiento, un lugar *otro* desde donde pensar/se que, como el contacto entre las pieles, requiere urgencia pero también algo de vértigo y pudor. Piedad por el secreto y respeto ante el misterio de lo que al callar *nos dice*. Duerme su noche invernal y como el deseo a cada momento puede resurgir.

Escribió el poeta lírico Jorge Teillier: “El poeta es el guardián del mito y de la imagen hasta que lleguen tiempos mejores”⁵. Durante sus años de locura y encierro en la torre, Hölderlin pronunciaba una palabra carente de sentido para el resto de los mortales: “Pallaksch”. Paul Celan, con su lengua balbuciente, propia de quien debe construir un idioma que, en el decir de George Steiner, no es inocente en la masacre, escribió un poema en los límites mismos del lenguaje, cuyo final citamos aquí:

*Si viniera,
si viniera un hombre,
si viniera un hombre al mundo, hoy, con
la barba de luz de
los patriarcas: debería,
si hablara de este
tiempo,
debería
solo balbucir y balbucir,
siempre-, siempre-,
así así.*

(“Pallaksch. Pallaksch”)

1. Friedrich Hölderlin, *Fiesta de la paz*, trad. de Rafael Gutiérrez Girardot, Bogotá, El Áncora editores, 1994, p. 47.
2. Friedrich Hölderlin, *Antología poética*, trad. de Federico Bermúdez-Cañate, Madrid, Cátedra, 2009, p. 173.
3. Rainer Rilke, *Antología poética*, trad. de Jaime Ferreiro Alemparte, España, Espasa-Calpe, 1968, p. 16.
4. Friedrich Hölderlin, *Fiesta de la paz*, *op. cit.*, p. 55.
5. Jorge Teillier, *Muertes y maravillas*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 2005, p. 14.

Javier Galarza (1968-2022): La religión Hölderlin – Dossier

Minientrada febrero 27, 2023marzo 1, 2023 Artículos/EntrevistasAlan La Veglia, Anna Frandzman, Ayelén Rives, Emiliano Campos Medina, Gabriela Franco, Javier Galarza, Joaquín Vázquez, José Villa, María José Bozzone, María Magdalena, María Malusardi, poesía argentina, Valeria Cervero

Galería fotográfica y videos de obras musicales

Video de *Transbordador*

Letra de Javier Galarza, música de Luis Della Mea y Javier Galarza,
publicado el 20/4/20



Video de “Redención”

Fragmento de la obra *Cuerpos posibles*,
poema introductorio y letra de Javier Galarza, canción: Luis Della Mea y Javier
Galarza,
Noruega, 2010, publicado en redes sociales de JG el 25/5/20



Fotogalería



Grupo Luis Dellamea, Laura Pizzarelli, Javier Galarza, foto Pol Neiman



Javier Galarza y Leonardo Martínez, 2013, foto Marco Zanger



Javier Galarza, Festival Poesía en la Escuela 2017



Javier Galarza 2021, con Ara y Marinés

